

Reseñas

BURKE, Peter. 1999. *La Revolución Historiográfica Francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. España: Editorial Gedisa, 144 páginas. Por Carlos E. García T.

El autor de este libro es Peter Burke, profesor de Historia Cultural de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, y autor de varios libros que tienen que ver con la historia social, temática trabajada por los historiadores de *Annales*, por tanto debe sentirse identificado por el trabajo de éstos, veamos porqué y cómo lo hizo. Burke divide el libro en 5 capítulos, el primero titulado: El Antiguo Régimen Historiográfico y sus críticos, en los tres capítulos siguientes se dedica a separar lo que él considera las tres generaciones en que se dividen los autores que salieron de la revista llamada *Annales*, que llegó a ser tan importante historiográficamente, que pasó a ser conocida como la Escuela de los Annales; y en el quinto y último capítulo, hace un análisis y un resumen de la influencia de la Escuela denominado: Annales una perspectiva global.

En el primer capítulo, el autor se dedica a realizar un comentario sobre cómo surge esa nueva perspectiva de los historiadores franceses con respecto a los temas de estudio de la historia, en comparación con las investigaciones que se realizaban anteriormente. Estudios basados mayormente en hacer narración de los grandes sucesos políticos y militares. Los nuevos investigadores de lo que posteriormente se denominaría como Escuela de los Annales, veían a los historiadores franceses que los precedieron como miembros de una escuela que había que reformar; esta escuela estaba representada por el historiador Charles Seignebos, profesor de la Sorbona, que aunque no se dedicaba a temas meramente políticos, los reformistas de los *Annales* lo veían como el símbolo de todo lo que había que modificar en los estudios históricos.

Sin embargo, el movimiento reformista que emprendían los miembros de *Annales* no era el único, puesto que también estaban surgiendo otros movimientos de cambio dentro de los estudios históricos; por ejemplo, en Estados Unidos, cuyo movimiento expansionista como nación estaba

proporcionando trabajos relacionados con Antropología, Economía, Sociología. Estos trabajos pasaban a ser parte de lo que se denominó la "Nueva Historia", y si estos trabajos tenían más relación con la Psicología que con otra ciencia social, pasarían a formar parte de la Psicología Histórica o "Psicohistoria". También en Inglaterra estaba surgiendo otro movimiento, aunque mucho más lento, que proponía cambiar los objetos de estudio histórico y sugerían el estudio de los individuos del pueblo, de los fenómenos sociales, los que trataban este tipo de temas pasarían a formar parte de los autores de la "Historia Social".

En el segundo capítulo, Burke comienza estudiar el surgimiento y ascenso de los fundadores de la revista: Lucien Febvre y Marc Bloch. Febvre estaba dotado de una amplia cultura humanista e interesado en el estudio del marxismo, se esforzó desde un principio por renovar los métodos de trabajo de la historia tradicional, haciendo que ésta integrara los factores culturales, políticos, espirituales y económicos. Con la publicación en 1911 de su tesis doctoral: *Felipe II y el Franco Condado*, dio los primeros pasos para conseguirlo. Febvre estaba sumamente interesado en la interrelación entre la historia y la geografía y ello se plasmó en su trabajo de 1933, *La tierra y la evolución humana*, donde exponía planteamientos como el del río, que para una sociedad podía representar una barrera geográfica, un límite, mientras que para otra representaba un camino.

Por su parte, Marc Bloch se interesó en el estudio del feudalismo medieval y promovió la interdisciplinariedad entre la historia y la economía, con la intención de fomentar una historia capaz de abarcar todos los aspectos de la vida social, una historia total. Sin embargo, hubo un tema en el que los dos coincidieron y que abrió paso a la fundación de la *Revista Annales* en 1929: el tema religioso. Febvre lo estudió través de Lutero y la Reforma en 1928, no desde el punto de vista institucional como tradicionalmente se había hecho, sino desde el punto de vista del sentimiento religioso. Mientras Bloch lo estudiaba desde la perspectiva de la "psicología religiosa" con *Los Reyes Taumaturgos*. En ambos trabajos los dos coincidían en ver su objeto de estudio a través de los sentimientos religiosos, de las ilusiones colectivas, de lo que Bloch denominó con la categoría "representaciones colectivas".

Luego de la fundación de la Revista, se dedicaron a escribir artículos que tenían dos vertientes, una hacia el estudio de la historia orientada hacia los

problemas específicos (*histoire-probleme*), la historia de las sensibilidades por ejemplo; por otra parte, se dirigían hacia los historiadores empíricos y de mente estrecha, según Burke, donde los incitaban a abandonar sus líneas de trabajo y sumarse al estudio del “nuevo tipo de historia”. De esta manera, se fue conformando la revista como el centro de una nueva revolución historiográfica, una nueva escuela, que al finalizar la segunda guerra mundial se convirtió en el eje de la posición histórica oficial francesa, derrocando así a sus antecesores historiográficos.

En el tercer capítulo, Peter Burke estudia al heredero de las influencias historiográficas de Bloch y Febvre como director de *Annales*: Fernand Braudel. Éste había estudiado historia en La Sorbona, y para la fecha de la fundación de la revista se encontraba dando clases en Argelia, donde ya trabajaba mentalmente en su ambiciosa tesis doctoral sobre Felipe II y el Mediterráneo, que terminó por llamarse *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la Época de Felipe II*, publicada en dos volúmenes en 1949. Esta obra la escribió en su mayor parte de memoria, mientras estaba prisionero en un campo de concentración alemán durante la segunda guerra mundial. En ella se hace patente el gusto por la historia total, al igual que su predecesor Bloch. Sin embargo, a Braudel le interesan los individuos y los acontecimientos, pero poniéndolos en un contexto adecuado, de ahí que describa extensamente, en esta obra al menos, las características geográficas del Mediterráneo.

Pero su mayor contribución sin duda representa los planteamientos históricos de la larga, mediana y corta duración. En los estudios de larga duración, da prioridad a las historias estructurales: los sistemas económicos, los estados, las sociedades. Esta historia se desarrolla a un ritmo más lento que el de la historia de los acontecimientos, que lo conceptualiza dentro de los fenómenos de corta duración, por lo explosivo y efímero de su acción.

A partir de la época de Braudel como director de los *Annales*, se comienza a dar mayor importancia a otros enfoques históricos, como la historia de la cultura material, la historia cuantitativa, la historia demográfica y la demografía histórica, la historia regional y la historia serial. Con respecto a la historia de la cultura material, Braudel toma acción con la publicación de su segunda obra más famosa, aunque no menos importante que *Mediterráneo*, a través de *Civilisation Matérielle et Capitalisme* de 1979, donde da un nuevo enfoque a la historia económica, dividiéndola en tres

pisos diferentes donde se encuentran conviviendo la civilización material (acciones repetidas tradicionalmente), la vida económica (precios) y el mecanismo capitalista. Este estudio, que se venía escribiendo desde hacía mucho tiempo antes de su publicación (1967), da paso a los demás enfoques históricos, ya que la historia cuantitativa representada por Labrousse estaba dedicada a estudiar la historia macroeconómica, relacionando los productos con sus épocas de producción y venta, así como otras variantes de la economía. Mientras que con historia serial se nombran a los estudios de las tendencias de larga duración, mediante el estudio de continuidades y discontinuidades, como los precios de los cereales, las cosechas de los viñedos y los nacimientos.

Para el cuarto capítulo, Burke expresa que se le plantea un problema teórico, porque se le hace más difícil exponer una perspectiva de la tercera generación de *Annales*, que de la primera y la segunda, por la cercanía historiográfica que se le presenta seguramente con su propio trabajo como historiador cultural. Sin embargo, hace el esfuerzo —muy bueno por cierto— de presentar una síntesis de su trabajo mencionando, que es la primera generación en comprender a mujeres. Pero más allá de lo meramente sexista, plantea que esta generación está mucho más abierta historiográficamente que las anteriores, pero se dedican en principio a realizar síntesis de objetos de estudio anteriores como psicohistoria, nueva historia económica, historia de la cultura popular, antropología simbólica y otras variantes.

Durante la segunda generación representada por Braudel, la historia de las mentalidades y otras formas de historia cultural, quedaron parcialmente relegadas de los estudios históricos, como se ha visto. Pero con la llegada de la tercera generación, esta pasa del “sótano al desván”. Con *Los Campesinos del Languedoc* de 1966, escrita por Emmanuel Le Roy Ladurie, se retoman los estudios psicológicos, mezclados con estudios de precios de cereales y análisis de estructura de clases. También los estudios del tiempo en la edad media y el libro de Georges Duby *Las tres órdenes*, comienzan a resaltar las relaciones entre lo material y lo mental en el curso del cambio social. Pero sin embargo, también existe un retorno hacia aquello que intentaron cambiar Lucien Febvre y Marc Bloch en sus primeras épocas al frente de *Annales*: la política y la narración, junto a una postura nueva de los estudios antropológicos relacionados con la historia (etnohistoria). En los tres capítulos donde Burke analiza las tres generaciones de *Annales*,

también señala las críticas que se le hicieron a los trabajos de sus miembros, lo que constituye también un gran logro desde el punto de vista crítico, que no desmejora en nada el objetivo del libro, sino más bien lo enriquece historiográficamente.

En el quinto capítulo Burke se dedica a analizar la influencia de *Annales* más allá de Francia. En Polonia, por ejemplo, con la obra de Witold Kula, *Teoría económica del sistema feudal* de 1962; en Inglaterra se dieron a conocer con la publicación de traducciones en revistas no especializadas de historia, siendo tratados, historiográficamente, con desdén por parte de los historiadores británicos, sin embargo, otros estudiosos como Eric Hobsbawm y Rodney Hilton, le dieron la bienvenida a *Annales* como una forma de luchar en contra de la tradicional historia política. El estudio de los *Annales* según Burke, no se limitó al departamento histórico solamente, también promovió intensamente la colaboración entre las diversas ciencias sociales, la llamada interdisciplinariedad.

No hay duda que la enorme diversidad de enfoques y metodologías que emplearon los miembros-autores de la *Revista Annales*, enriquecieron con sus obras la visión integral de lo humano, con su interdisciplinariedad, con sus intentos de historia total que los hizo estudiar una y otra vez, nuevos y viejos objetos históricos, a lo largo de las tres generaciones que según Burke conforman la Escuela de los Annales. Lucien Febvre, Marc Bloch y Fernand Braudel, abrieron el tarro de las esencias históricas para que los demás historiadores que los siguieran se deleitaran buscando nuevos aromas en novedosos temas, a través de sus aportaciones teórico- metodológicas: historia social, de las mentalidades, de la vida cotidiana, económica, cuantitativa, serial, comparativa, total, historia-problema, historia como síntesis y otras.

Las ideas de la escuela se pueden resumir en tres aspectos básicos según Burke, como lo son: la sustitución de la narrativa de los acontecimientos por una historia orientada hacia un problema analítico específico; el segundo, promover historiar todas las actividades humanas, en lugar de sólo la historia política y el tercero, con el fin de afianzar los dos primeros, buscar la colaboración de otras disciplinas como la geografía, la psicología, la economía, la antropología. De ahí el nombre que Burke le da a su libro, que es un libro que contribuye a revalorizar los trabajos históricos de una revista que alcanzó los niveles de escuela, para algunos historiadores.

CABALLERO, Manuel. 2004. *Rómulo Betancourt, Político de Nación*. Caracas: Alfadil/Fondo de Cultura Económica, 484 páginas. Por Alexander Campos

El mundo intelectual y académico venezolano esperaba este trabajo con mucha expectativa y en algunos casos con cierta ansiedad. Otro tanto podemos decir del mundo político y hasta del público en general, porque es justo señalar que la pluma de Manuel Caballero es bien recibida en el ámbito de su especialidad: la historia, así como también en el amplio sector de aquellos que no son historiadores; y es que la figura política y pública de Manuel Caballero no puede pasar desapercibida, así como tampoco a los venezolanos de hoy nos resultan lejanas y ajenas sus preocupaciones historiográficas.

Distintas razones encuentro para darle sentido a esta expectativa pública, reconocida en las amplias y abundantes reseñas que el trabajo ha tenido hasta ahora en la prensa venezolana y latinoamericana. Razones que implican al tema mismo y la estrategia narrativa que sirve para su desarrollo y también razones que involucran al autor.

Rómulo Betancourt es un personaje que no nos puede resultar indiferente hoy en día a ninguno de los venezolanos, su actuación política fue, definitivamente, la de un ideólogo que junto a muchos de su generación perfilaron y definieron lo que es el sistema político que por muchos años ha regido o rigió nuestra vida en democracia. Lo cercano de su actuación y lo que de duradero y nacional tiene, nos conmina a su estudio y a una reflexión seria desde variados puntos de vista; el histórico es uno de ellos.

Otra de las razones para la gran acogida que ha tenido este trabajo proviene del género literario usado para desarrollarlo: la biografía. No resultará extraño si digo que la biografía es considerada la cenicienta dentro del ambiente historiográfico, por las distintas posibilidades y tentaciones de caer en el subjetivismo, supuestamente anticientífico, que el género trae consigo. Aunque también en el sector literario tampoco es muy bien visto el género porque existe el sesgo de pensar que sus practicantes son literatos incipientes, no poseedores del talento. En fin, que desde muchos sectores se espera ver cómo Caballero solventa todos estos obstáculos. Aunque, a decir verdad, ya Caballero nos ha dado muestras anteriores de saber manejar el género con propiedad y rigurosidad académica, demostrándonos que la creatividad no está peleada con la seriedad y el compromiso con la

disciplina; piénsese en su *Gómez, el tirano liberal*. Aunque de esta última obra podemos decir que más colinda con un ensayo politológico que con un trabajo estrictamente histórico.

Del otro ámbito de razones, de aquéllas que provienen del autor del libro, sólo pueden surgir inquietudes, dudas, sospechas al lector medianamente informado. No podemos ignorar que el autor ha sido militante del Partido Comunista Venezolano y posteriormente del Movimiento Al Socialismo, es decir, un hombre de izquierda. ¿Podrá Caballero superar su primigenio compromiso ideológico? Y qué decir sobre las inquietudes que puede generar en nosotros, los lectores, un trabajo que proviene de un acérrimo enemigo político del biografiado.

Sobre este aspecto Caballero nos dice: "No venimos, con este libro, de regresos ni arrepentimientos. Hemos tratado de estudiar al personaje y a su época "en historiens". No se trata entonces de condenar o de absolver, sino de buscar las razones para que, después de su paso, los venezolanos seamos diferentes, para bien o para mal, y de seguro ambas cosas". En fin, que de lo que se trata es de comprender que no es otra cosa que el trabajo del científico social y para eso el autor se arroja con las herramientas de la disciplina, es decir, un estricto apego a los documentos. Sin embargo, al final del trabajo, y después de casi 500 páginas de recorrido, el autor no puede dejar de reconocer que existen aspectos de la interpretación historiográfica, espacios de comprensión "donde no es fácil adentrarse con las herramientas del historiador".

Este no es el primer Betancourt de Caballero. Lo que nos dice que el personaje ha sido una larga preocupación del autor y que este libro se ha escrito a lo largo de varios años. Sin contar con el testimonio personal del autor, he podido rastrear en una fecha tan lejana como 1971 su primer trabajo biográfico sobre Rómulo Betancourt. Esa edición no la he podido leer, pero sí la segunda, que data de 1979. Es verdad que en ese trabajo encuentro el mismo tema, casi que los mismos hechos y situaciones, pero en ese trabajo del '79 no está el Betancourt del Caballero de hoy, el Betancourt del que yo les estoy hablando. No señor, aquél es un trabajo sesgado en su interpretación de clase, podemos decir que ese es un Betancourt ideologizado. Leer los dos trabajos a la vez resulta impactante y emocionante intelectualmente, porque no se puede dejar de ver y reconocer el camino recorrido, la honestidad demostrada y la despiadada crítica que el autor

va haciendo al trasfondo epistemológico de su anterior trabajo. Desde este camino recorrido se pueden entender algunas interpretaciones que sobre el marxismo y el personaje se desarrollan en el trabajo. De esas cien páginas del año '79, no quedan en estas casi quinientas nada más que una cierta estructura básica.

No puedo dejar de lado este último punto sin expresar una apreciación personal, casi un atrevimiento, pero que no me gustaría guardármelo. Cuando terminé de leer los dos trabajos de Caballero sobre Betancourt me pregunté: ¿será que Caballero, en su último libro, nos quiere decir, sin decirlo, que él, en su propio andar intelectual ha hecho un recorrido intelectual asimilable al desarrollo del pensamiento político de Betancourt? Es decir, el camino recorrido por el Betancourt revolucionario al Betancourt conservador de este trabajo tiene tantos ribetes similares al itinerario hecho por Caballero desde su primer trabajo sobre Betancourt a éste que reseñamos, que uno no puede sino ser suspicaz.

El trabajo está estructurado en cuatro grandes partes que abarcan la casi totalidad de la trayectoria vital de Betancourt. Digo casi la totalidad porque el trabajo pasa por encima y sin tocar en nada los últimos años de la vida de Betancourt, vale decir, aquellos que estuvieron signados por su ausencia de la vida pública, aquellos que van desde su salida de la presidencia de la república hasta su muerte. Esto hace del trabajo de Caballero la primera gran biografía intelectual que de Betancourt se ha hecho, porque hasta éste los anteriores trabajos sobre Betancourt se habían caracterizado, fundamentalmente, por lo parcial de ellos. Quizás el que más se acerque en intención y amplitud sea el trabajo del P. Arturo Sosa, *Rómulo Betancourt y el Partido del Pueblo (1937 - 1941)*. Sin embargo, el énfasis de éste está puesto en la perspectiva del partido que el personaje funda y no en su evolución intelectual completa. La figura de Betancourt había sido trabajada por épocas, o por temas: sus exilios, su lucha contra las dictaduras, su fuerte influencia marxista o como fundador de Acción Democrática, etc.; esta biografía viene a llenar un espacio: el de la integralidad de su vida intelectual.

Esta no es una biografía en sentido estricto, sino una historia de las ideas políticas del personaje y a través de la revisión de esta historia de las ideas políticas, es también una historia de la vida política de la Venezuela del siglo XX. En el fondo es una obra donde el autor va perfilando, a

través del personaje, la aparición de los principales elementos políticos del siglo XX venezolano, así como las caracterizaciones que van a significar un rompimiento con la tradición, fundamentalmente caudillesca, que habíamos heredado del XIX. "Este es un trozo de historia venezolana, que abarca casi todo el siglo XX".

Hay una idea en las conclusiones que quiero reproducirla porque me parece que sobre ella gravita el propósito del libro: "pero cuando se dice que vote por quien vote, en el fondo de todo venezolano dormita un adeco; cuando se dice que éste o aquel militante es un adeco verde, o naranja, o de boina roja, se está significando que el esquema propuesto por Betancourt se ha hecho conciencia social, se ha hecho ideología". Es en este sentido que Betancourt y los suyos pasan a ser constructores de la nación y no "padre de la democracia", idea que iba en contra de toda su concepción antipaternalista de la política.

¿Por qué creador o creadores de nación? Porque él y su generación son los que introducen en la vida política venezolana los conceptos y, lo más importante, la práctica de un verdadero republicanismo; es verdad que muchas veces será un republicanismo que podríamos definir como "a la venezolana", pero republicanismo al fin.

Republicanism significa para Caballero, en primer lugar, rompimiento con la tradición caudillesca y el surgimiento y puesta en escena de las masas, pero no las masas amorfas, inestructuradas, sino aquellas que están organizadas dentro de un partido.

Unanimidad y coerción son los rasgos distintivos del caudillismo y, para Caballero, de lo antipolítico; la política se define desde la diversidad y el rechazo a las soluciones de fuerza. Son éstos los principios que introducen Betancourt y su generación en la vida política venezolana.

Dos grandes tentaciones tuvo Betancourt de separarse de estos principios: la primera, sus años de afiliación marxista (movimiento antipolítico, porque margina la política a la "superestructura y propone un partido de clase y doctrina única" p. 419); la segunda, su participación en la solución armada del 18 de octubre de 1945. Superará esas tentaciones y se enfrascará el resto de su vida en el esfuerzo por lograr hacer de la vida política venezolana una lucha por la civilidad, que entendiera que en política no hay enemigos, sino adversarios y, desde ese reconocimiento, establecer la

diversidad o variedad como el fundamento de toda convivencia democrática y la distribución del poder, a través de los partidos, como la vacuna que nos protege del autoritarismo personalista.

El fuerte acento personalista que caracterizaba nuestra vida política predemocrática fue el caldo de cultivo para regionalismos y parroquialismos que impedían la conformación de lo que podríamos llamar una verdadera unidad nacional. Urgía el surgimiento de esa argamasa que sostuviera los ladrillos de la nación. Pero eso no se logra solamente con propuestas ideológicas, sino con planes concretos de inclusión de amplios sectores venezolanos hasta ese momento excluidos de la vida política del país. Podemos recordar hoy algunos planes que concretaron esa inclusión: la ampliación del padrón electoral, pero también la creación de la extensa infraestructura comunicacional que Betancourt lleva a cabo.

Se trata, entonces, tanto de desmitificar a Betancourt como de valorar justamente su papel en el desarrollo de lo que es hoy Venezuela. Caballero pone en orden muchas cifras y situaciones que hoy en día son sacadas de contexto y usadas como herramientas para enjuiciarlo políticamente. Esto sólo se puede llevar a cabo realizando un buen uso de las herramientas del historiador: las fuentes. Resulta pertinente aquí, unas palabras sobre el uso que Caballero hace de las fuentes de las que se valió para realizar este trabajo.

Betancourt tenía una preocupación casi maniática por guardar y ordenar sus archivos y papeles y “diversas formas de memoria”. De esa preocupación ha surgido un cúmulo de materiales impresionantes que le proporcionan al historiador o al científico social abundantes insumos documentales, pero que a la vez se le transforman en un reto por lo enorme del trabajo. Sin embargo, a esto tenemos que agregarle un aspecto muy delicado y es que “desde muy joven Betancourt se acostumbró a situar palabras y actos en una perspectiva política y con un interés político preciso”. Eso introduce un elemento intencional por parte de Betancourt que le ha exigido a Caballero un tratamiento particular de las fuentes.

Podemos, entonces, encontrar que Caballero a cada momento nos presenta documentos que tiene que trabajar desde distintas formas para poderlos comprender desde su sentido. Este es el significado del constante uso de fuentes testimoniales cruzados con las fuentes documentales. Otra

herramienta interpretativa usada por el autor la encontramos en la comparación que realiza de las distintas interpretaciones que Betancourt hace de un mismo hecho o situación en distintos momentos de su vida política.

Nos vamos a encontrar con muchas interpretaciones novedosas de situaciones hartamente tratadas en nuestra historiografía y que esta particular forma de abordar los documentos permite ver desde otra perspectiva. Muchas veces el documento es leído por Caballero desde distintos ángulos: “uno, diseccionando el texto mismo; dos, situándolo en su contexto, o sea, en el momento en que ellas fueron dadas”.

Es el cruzar las fuentes para sacar el mayor provecho de ellas y en ese constante cruzamiento el autor las va cuestionando y a la vez nos va haciendo ver que el mal uso de ellas ha sido una de las razones de la creación casi mítica de la figura del Betancourt que se conoce, pero también del Betancourt que surge de la diatriba política y no del riguroso análisis histórico. Una figura pública como Betancourt es muy difícil que se libere de esta situación.

Un apartado del libro que resulta muy didáctico y al que estoy tentado a llamar capítulo es el que le dedica a las fuentes y su comentario, donde incluye la bibliografía como fuentes secundarias. Para el investigador que se inicia en el tratamiento del documento histórico este apartado no puede sino resultarle provechoso, porque ahí encontrará la exposición de cómo un experimentado investigador se las arregla para evadir las trampas que le pone el documento, especialmente cuando el documento involucra a situaciones que afectan un pasado muy reciente.

En definitiva, se trata de desarrollar el trabajo estableciendo grandes temas que atravesarían la historia de la Venezuela independiente y desde los cuales poder interpretarla. El tiempo pierde así su linealidad y se permite, a través del método comparativo, ir desde Guzmán hasta la revolución del '45, porque no se trata de abordar al biografado en su trayectoria vital, sino enfrentar el tema desde grandes bloques temáticos, “como series de problemas”, que no son, en definitiva, asuntos particulares de Betancourt sino que se refieren a nuestra historia como nación. Es así que se permite ir de una época a otra sin adentrarse en hechos particulares.

Quizás éste sea el punto deficiente del trabajo, porque, establecidos los grandes temas desde donde enfocar a Betancourt y su época, Caballero

sacrifica todo otro aspecto en aras de su desarrollo y se pasa por encima momentos de la trayectoria de Betancourt que a nuestro parecer se debieron tratar. Algunas veces tuve la impresión, como lector, que se forzaban las interpretaciones para encajarlas dentro del marco conceptual previamente establecido en la introducción del libro. Este enfoque lleva a que el autor tenga, necesariamente, que repetirse a lo largo del trabajo. No puede hacer otra cosa porque se trata de demostrar un *continuum* dentro de la trayectoria intelectual de Betancourt.

Para un lector joven que no ha vivido la mayoría de lo que aquí se narra, pero que ha disfrutado y padecido de su influencia política y social, la lectura de este texto no deja de ser, por decir lo menos, fascinante y esclarecedora. Las cosas como que vuelven a su sitio después de leer el libro. De la generación del 28 y de sus hombres últimamente se ha dicho mucho en Venezuela, tanto en pro como en contra, y sólo desde un examen lúcido y libre de prejuicios e intereses políticos se puede enjuiciar siendo éticamente responsables. El trabajo de Caballero que hoy presentamos nos da herramientas para interpretar esos decires de hoy.

CORCUERA DE MANCERA, Sonia. 1994. *Del Amor al Temor. Borrachez, catequesis y control en la Nueva España (1555-1771)*. México: Fondo de Cultura Económica, 283 páginas. Por Elizabeth Ladera

El libro de Sonia Corcuera es un estudio sobre las estrategias de control social y moral implementadas por la Iglesia Católica en la Nueva España, en el período que se extiende desde 1555 hasta 1771. El trabajo está dividido en cinco partes interrelacionadas entre sí, que abarcan una temática que va desde las implicaciones teológicas del Concilio de Trento en la evangelización de la Nueva España, hasta los conflictos sociales derivados del consumo del pulque.

En la primera parte, denominada *El Discurso que se preparó en Europa (1570-1750)*, la autora parte del Concilio de Trento para introducir al lector en las circunstancias por las que atravesaba la doctrina cristiana bajo los conceptos de la contrarreforma. A través de este acontecimiento y de las directrices teológicas y filosóficas que de él se derivan, plantea que los objetivos más significativos, entre otros, de la reunión fueron: la

catequización masiva en el menor tiempo posible; ejercer una influencia cada vez mayor en la vida individual de los hombres y las mujeres y definir los parámetros de la conducta en la vida social, a través de la enseñanza, los catecismos (¿manuales morales?) y la creación de la imagen de curas y doctrineros como ejemplos de la conducta moral de la sociedad.

El análisis y estudio del catecismo escrito por el franciscano español Baltasar Pacheco, en Salamanca a finales del siglo XVI (1592-1596) y de gran circulación en la Nueva España, es el pretexto que utiliza Sonia Corcuera para analizar y exponer los paralelismos entre los pecados más importantes que consideraba la filosofía de la cristiandad, desde la visión de Pacheco y la realidad de la Nueva España. A través de las metáforas (el dragón de las siete cabezas, para referirse a los pecados capitales), el fraile destaca la gula como una de ellas, asunto que no toca a los naturales, por cuanto era sabido su poca vocación por los excesos en el comer; sin embargo se pasa como un tema de menor importancia: la embriaguez, la cual no significaba un problema mayor para la sociedad española del siglo XVI (dicotomía sobriedad-ebriedad), sin embargo era una costumbre ancestral de los naturales, vinculado a su religiosidad, antes de la llegada de los españoles y de gran influencia tanto en la vida cotidiana de la sociedad novohispana, como en las grandes dificultades que presentó su proceso de evangelización. La autora destaca y dedica parte importante del análisis del texto de Pacheco a la estética del discurso, se inserta en él y lo asume como recurso literario en el contexto de su narrativa.

En la segunda y tercera parte, tituladas Nueva España y La comunicación interrumpida, respectivamente, Corcuera destaca por su sentido y capacidad analítica y por el uso de los recursos del discurso literario en la narrativa histórica; en ellos aborda el proceso de evangelización y catequización en la Nueva España, en el cual identifica tres períodos: el primero lo ubica en los primeros tiempos de la enseñanza de la doctrina cristiana que se extiende desde la llegada de los españoles, hasta la reunión del Concilio de Trento; en este período se puso de manifiesto el interés y la necesidad de aprender las lenguas indígenas mexicanas por parte de los catequizadores. Predominaron en la evangelización la presencia de los franciscanos y la diversidad de doctrinas evangélicas y humanísticas que influyeron a la iglesia española en las primeras décadas del siglo XVI, entre las que se encuentra la corriente erasmiana; ello da cuenta de ciertos

márgenes de independencia de la autoridad papal que caracterizará a la iglesia novohispana por un largo período de su historia.

Pero quizás el aspecto que deba destacarse del proceso de evangelización de este tiempo, sea la integridad y la amplitud de conceptos y temas que abarcaba la enseñanza, la que no sólo se circunscribía a la catequesis, sino que tenía como objetivo fundamental cambios significativos en la mentalidad de los jóvenes, para lo cual fue creado el Colegio de Santa Cruz, en la ciudad de México (pp. 70-71).

El segundo período (1565-1642) se define por la llegada a la Nueva España de los conceptos de la contrarreforma, expresados en la adhesión por parte de la iglesia novohispana a los principios acordados en Trento, asumidos en las conclusiones y declaraciones de los concilios mexicanos; escenarios en los cuales la iglesia mexicana diseñó ciertas estrategias que le permitieron conservar, a través de las constituciones y de la práctica, un margen de independencia necesario para adecuar las directrices tridentinas a la realidad indiana. Las preocupaciones centrales de este lapso las define la autora en tres áreas fundamentales de interés: las relaciones entre el clero regular y secular; la capacidad del indígena para asimilar la doctrina cristiana y, por último, la unificación de los textos de catequesis y el interés por asumir la censura de éstos (p. 64).

En este tiempo la catequesis era colectiva y todavía se manifestaba la preocupación por que se impartiese en lengua indígena; ello conllevaba no sólo a un proceso de aprendizaje recíproco entre doctrineros e indígenas en el que los curas debían, además, adecuar la enseñanza de la doctrina cristiana a la realidad americana, sino además tenían que valerse de estrategias muy distintas a las empleadas en Europa, por las diferencias culturales que separaban a uno y otro continente.

Los obstáculos que imponía el uso de idiomas diferentes entre catequizadores y catequizados, y por ende las dificultades de comunicación que esto implicaba, conllevó al uso del español como lenguaje unificador, lo cual acarreó un debate dentro del clero mexicano. De las dificultades del idioma se derivaba la lentitud del proceso evangelizador que le fue atribuido, no pocas veces, a la "incapacidad" del indígena para comprender la profundidad y los misterios de la doctrina cristiana; otros miembros del clero se oponen a esa tendencia y aluden que esa posición era la proyección

de la incapacidad de los doctrineros para penetrar el mundo indígena, para comunicarse con ellos y transmitirles la doctrina cristiana. En esta tendencia se encontraban los misioneros Alva y Molina, quienes abogaban y aseguraban la igualdad del indígena frente al hombre europeo, atendiendo a dos condiciones fundamentales: la igualdad ante los ojos de Dios y ante la penitencia.

De los problemas derivados del lenguaje, la autora los considera vitales en el proceso de evangelización de la Nueva España, y afirma que ello tuvo una incidencia tan significativa en que la catequesis y la evangelización se presenten como un proceso inacabado, aún hasta nuestros días.

Aún cuando las opiniones dentro de la iglesia mexicana estaban divididas, las dificultades que presentaba la evangelización trajo como consecuencia la imposición definitiva del idioma castellano en la catequesis, la simplificación de la enseñanza en cuanto a la reducción del contenido de los manuales y catecismos al conocimiento de los sacramentos y de éstos los referidos a la penitencia, al bautismo y a la confesión eran los más importantes.

Las reformas más importantes de este segundo período se llevaron a cabo bajo el gobierno y la influencia del Obispo Palafox (1642-1649): la catequesis (área de convivencia colectiva) dio paso a la confesión (proceso individual de enseñanza cristiana); la diversidad de manuales dio paso a la unidad de los confesionarios; el clero regular dio paso al clero secular; la doctrina dio paso a la parroquia. Estos cambios ineludibles se insertaban en el curso de un proceso lento que se había iniciado bajo la influencia tridentina en la evangelización de la Nueva España. Del período del Obispo Palafox vale la pena mencionar la visión del indígena que él mismo dejó para la posteridad; visión desde la cual se construirá la catequización del tercer período, que tan larga influencia tuvo —y tiene— en el proceso de cristianización de México.

Los indígenas desde la mirada de Palafox eran seres que no conocieron la ambición, la codicia, la soberbia, la ira ni la envidia. Sus pecados se circunscriben a: la flojera, la sensualidad y la embriaguez, estas dos últimas asociadas en un sólo pecado. Desde esta perspectiva, el indígena es un sujeto pasivo *blando y remiso*, cuya naturaleza es la de un menor de edad que requiere guía y protección; esta visión, sostiene la autora, contribuyó de manera importante a generalizar y reforzar la imagen del indio como

un individuo *pobre y miserable*, cuya enseñanza se circunscribirá a la estrechez de esta opinión.

En el tercer período (1642-1771) se reglamenta la aplicación y enseñanza de los sacramentos y se atiende de manera prioritaria a las formas externas de su práctica; desde esta perspectiva la evangelización asume visos de superficialidad, en contradicción a la profundidad con la que se impartió en los primeros tiempos de la catequesis. En este sentido, se simplifica aún más la enseñanza cristiana, se hace hincapié en la unidad de la iglesia en torno a los manuales y la aplicación rigurosa de las sanciones a los curas que no obedeciesen las normas. La enseñanza cristiana se individualiza a medida que se impone la confesión. Ésta se vio favorecida por el descenso de la población indígena, transformando, además, la relación entre curas e indígenas en una relación padre- hijo. La evangelización en este período se minimiza en la medida en que se avanza en el uso generalizado, por parte de los curas, del idioma español, pero paradójicamente el uso del español como lengua abonó a favor de la fluidez en la comunicación entre indígenas y doctrineros, dando paso a la sociedad mestiza del siglo XVIII mexicano.

En la transición entre la vigencia del idioma español y su aprendizaje por parte de los indígenas, en el período de los confesionarios específicamente, el indígena aprendió el juego de la simulación con la iglesia. Cada uno desde su postura simuló entender y creerle al otro; los curas se volvieron quizás demasiado tolerantes y más apegados a la forma que al fondo; el indígena se atrincheró en su soledad cultural, con lo cual se acentuó la opinión generalizada de su “incapacidad” para aprender, ello le permitió conservar hacia su interior muchos valores de su pasado, lo cual “...pudo ser el punto de corte o eje de la discontinuidad de la historia de la evangelización...” (p. 241).

La cuarta parte del libro titulado *El Discurso y la práctica en la vida diaria* se refiere a la dicotomía entre el discurso moral de la iglesia y la vida diaria de los indígenas en México. La autora toma como pretexto para este análisis los conceptos emitidos por las autoridades eclesiásticas en torno a la embriaguez y la práctica diaria de consumir pulque (costumbre ancestral) por parte de los indígenas mexicanos. Discurso moral rígido (iglesia) *versus* vida cotidiana dispendiosa (indígenas) es una constante en los escritos de quienes tuvieron el poder y por lo tanto el acceso a dejar sus opiniones a

la posteridad. Desde esta perspectiva y desde esa permanente dicotomía, el consumo del pulque significaba para unos la prisión del pecado y para otros la liberación.

En este sentido, la relación sobriedad-embriaguez estaba asociada a la salud del cuerpo, a los límites y fronteras del modelo moral cristiano (su relación con la lujuria); o a lo que significaba el discurso de la sociedad ideal (la de los textos y manuales cristianos) y la sociedad real (la que tomaba pulque en las tabernas). Así el consumo del pulque no sólo se quedaba en la retórica de lo que podía significar la embriaguez tanto en España, que la condena y disculpa al borracho, o en la Nueva España, que culpa las acciones del borracho y disculpa la embriaguez. Queda claro que el doble discurso moral de la iglesia novohispana es lo que la hace reaccionar de manera tan drástica ante los acontecimientos de 1692, al prohibir por varios años la entrada y por ende la bebida en la ciudad de México: la embriaguez era permitida a nivel individual, siempre y cuando el bebedor no transgrediera las normas sociales de comportamiento establecidas; no importaba si el indio al emborracharse gastaba el dinero destinado a la manutención de la familia; tampoco era importante si agredía a su mujer bajo los efectos de la borrachera; ni si la bebida reforzada con otras hierbas dañaba la salud del individuo; lo que sí quedó claro es que el pulque era un negocio para las finanzas de la corona, con lo cual su consumo queda restituido a pesar de las voces y de los informes científicos que se alzaron y se presentaron.

En definitiva, el libro de Sonia Corcuera aborda un tema ampliamente tratado por la historiografía tanto mexicana como hispanoamericana, la diferencia la marcan la metodología y la narrativa. El tema de estudio es un pretexto a través del cual la autora emplea y ajusta cada una de las cuatro figuras del lenguaje a la temática de su estudio; partiendo de Vico (realidad-ficción), pasando por Foucault (el discurso del poder y la fuerza de la palabra), hasta llegar a Hayden White (la unidad y la diversidad del discurso histórico). La metáfora (estética de la realidad) como figura lingüística para asociar las similitudes entre los fenómenos, fue utilizada para analizar los textos de los religiosos referidos a la catequización y al proceso de evangelización de la Nueva España. La metonimia (la contradicción unidad-diversidad) fue el vehículo mediante el cual se analizaron las diferencias entre el mundo europeo y el mundo indiano; la sinécdoque (la

percepción dinámica de los fenómenos) permitió ver de manera traslúcida el mundo de las relaciones de la sociedad novohispana.

Aún cuando el trabajo de Sonia Corcuera demuestra solidez documental y conceptual, presenta algunas limitaciones que parten de la misma complejidad del tema escogido. En este sentido, el proceso de evangelización de la Nueva España fue proporcionalmente complejo a la diversidad cultural de las sociedades asentadas en su territorio antes de la llegada de los conquistadores europeos. De tal manera que un proceso de esas características no puede ser estudiado solamente a través de uno de los actores involucrados en él, como son los textos producidos por la iglesia, con lo cual se percibe que la visión presentada es unilateral. Quizás el uso de otro tipo de documentación con información colateral le hubiese permitido a la autora presentar un enfoque mucho más amplio del contexto estudiado.

La presentación de las conclusiones a través de un ejercicio que parte de lo que pudo haber sido y no fue, contradice los métodos y el objeto de la historia, en cuanto a que esta disciplina es una ciencia que estudia las relaciones de los hombres en la sociedad en un tiempo y un espacio determinado. De tal manera que la especulación como tal, aún cuando se respeten los distintos enfoques y recursos narrativos empleados por la autora, no era ni pertinente ni necesario en un trabajo de altísima calidad conceptual como el presentado por Sonia Corcuera.

DONÍS RÍOS, Manuel. 2002. *Guayana, historia de su territorialidad*. Caracas: Publicaciones UCAB y CVG Ferrominera Orinoco C.A. Segunda Edición 2002, 274 páginas [Primera edición 1997] Por Maigualida Carpio Campos

En este libro, Manuel Donís ofrece argumentos con los cuales intenta explicar la contribución de los misioneros Capuchinos Catalanes al poblamiento y prosperidad económica de Guayana durante el período colonial de nuestra historia. El texto es producto de su tesis doctoral (Universidad Católica Andrés Bello, 1997) y busca, tal como señala en la presentación del libro el padre Hermann González Oropeza, sj, lo siguiente

... ofrecer una síntesis consistente de inteligente lectura para los hombres cultos a quienes les puede estorbar la metodología cerrada academicista (...) es un trabajo maduro, acucioso, reflexivo y original que significa un aporte positivo sobre el complejo

problema de la conformación de la Provincia de Guayana y sobre la demostración de los esfuerzos de la Orden Capuchina en este proceso.

El estudio plantea de fondo el hondo y permanente problema de la ausencia de poblamiento en Guayana, no obstante la inmensidad y riqueza de su territorio. Manuel Donís –especialista en historia territorial– contextualiza su obra dentro de la historiografía nacional con ciertos criterios metodológicos que incluyen una apretada síntesis de conceptos, definiciones y amplios recuentos narrativos sobre el tema. Es riguroso y abundante el examen de fuentes primarias, clasificadas por el autor como manuscritas e impresas. También examina de manera exhaustiva fuentes secundarias que funcionan muy bien como complemento a las explicaciones que ofrece sobre cada punto tratado. Son notorias en número y contenido las citas a pie de página manejadas por el autor.

El trabajo está estructurado en 4 capítulos con sus respectivos subtítulos. En el primer capítulo que se titula: *La Corona Española y la Santa Sede enfrentadas por el control de las Misiones*, el autor describe detalladamente los conflictos y desavenencias surgidas entre la Corona Española y la Iglesia, representada ésta por las Ordenes Misioneras llegadas a América. Con la incorporación jurídica del territorio guayanés a España mediante la Capitulación de 1569, otorgada a Jiménez de Quesada y llevada más adelante por Antonio de Berrío, se da inicio a la Gobernación de Guayana. Pero es en 1647 cuando los Misioneros Capuchinos pisan tierras Americanas para iniciar la Evangelización bajo la autorización del Patronazgo Real, institución encargada de ejercer un control casi total de las órdenes misioneras que entraban a las Indias. Sin este permiso los misioneros no podían ejercer su ministerio. Destaca el autor como aspecto relevante de este capítulo que a pesar de las fricciones existentes entre las partes, los Misioneros Capuchinos Catalanes se caracterizaron –desde su llegada a Guayana– por su arraigado sentimiento de identificación total con la Corona Española: “fidelidad a Dios y al Rey”.

En el segundo capítulo, *Obra de los Capuchinos Catalanes en Guayana*, Donís se ha detenido particularmente en la historia poblacional en la Guayana de los Capuchinos Catalanes, que bien tiene sus inicios en 1724 con la fundación de pueblos de misión indígena –no presencia de elemento blanco– sostenidos económicamente por el hato ganadero y en el cual los

misioneros enseñaban al indio a cultivar la tierra, aprender oficios como la forja del hierro, tejido, artesanía y también la enseñanza de la doctrina cristiana. Insiste el autor que fue doble la labor del misionero: cristianizar a los infieles y hacerles fieles vasallos del Rey. Al incorporarlos en la defensa y expansión económica del área se transformaron en agentes de fronteras defendiendo territorios hispanos y, por ende, venezolanos, de amenazadoras invasiones extranjeras. Manuel Donís subraya una y otra vez el carácter de “agentes de fronteras” de los Capuchinos e indígenas de Guayana.

El tercer capítulo denominado: *Los Capuchinos y la Ilustración en Guayana*, devela las dificultades que atraviesan las misiones en su intento de expansión, esto debido a la influencia ideológica de la Ilustración; corriente de la época que genera una nueva mentalidad económica española sobre América, especialmente a mediados del siglo XVIII. El interés español por Guayana se manifestó a partir de 1762 –como consecuencia del Tratado de Límites de 1750– se pensó en la explotación de recursos y en la valoración de la Provincia. La intención de fondo era controlar las misiones a fin de convertir a los indígenas en sujetos útiles y productivos a la Corona. En el fondo del drama estaba el indio,

...su identidad y su sentido de la vida. El blanco había entrado en sus tierras, lo había declarado súbdito del rey de España y lo quería hacer útil al Estado Español... (p. 161).

Se refleja claramente una nueva lucha de poder entre la Iglesia y la Monarquía Española, representada ésta por los Gobernadores, destacándose como máxima expresión del despotismo ilustrado el gobernador Manuel Centurión (1767-1776) el cual fracasó en su intento de subordinar la Iglesia al Estado.

En el cuarto capítulo: *La obra misional reflejada en la cartografía Capuchina*, ofrece al lector un análisis territorial de Guayana con mapas elaborados en base a los informes de misioneros capuchinos de la época, siendo los más destacados por su excepcional aporte: Fray Benito de la Garriga y Fray Mariano de Cervera, quien elabora un croquis donde se representan con lujo de detalles los ríos Cuyuni y Mazaruni, expresión del conocimiento que poseían los misioneros de la zona Orinoco-Amazonas. Con estos aportes se originó en 1799 el mapa de las misiones capuchinas

en Guayana, el cual es tomado en cuenta para dar solución al problema limítrofe entre Venezuela y Gran Bretaña por el territorio Esequibo. Reunido en París –Laudo Arbitral de 1899– el Tribunal dictó un Laudo para definir la situación limítrofe entre Inglaterra y Venezuela, fue reconocido a favor de la Gran Bretaña 159.500 Km² de territorios que hasta entonces habían pertenecido a Venezuela. En relación a esta decisión, Donís afirma que fue desconocida totalmente la labor misional de los capuchinos en el fortín del Curumo por parte de los ingleses, lo cual obedece –según el autor– a que Inglaterra presentó como prueba ante el Laudo, que el fortín estaba ubicado en la margen izquierda (norte) del Cuyuni y no a la derecha o sur del Cuyuni como realmente figuraba en el mapa elaborado por Schomburgk (1844) y así lo alegó Venezuela ante el Laudo Arbitral, pero Inglaterra no estuvo dispuesta a permitir que nuestro país controlara un territorio rico en oro como se pensaba entonces.

El autor concluye su obra diciendo que Guayana sigue siendo una tierra por poblar. En su opinión, los capuchinos hicieron posible el desarrollo económico y social de la Provincia, incorporando enormes extensiones de territorio a la Corona Española en abierta lucha contra los intereses extranjeros. Demuestra con suficientes argumentos cómo la labor misionera de los Capuchinos Catalanes en Guayana, y luego de las autoridades locales, produjo el poblamiento y desarrollo económico de esta Provincia durante el siglo XVIII. Afirma reiteradamente que sobre los Capuchinos giró el desarrollo económico de Guayana, lo que permitió, de algún modo en el siglo XIX, sostener en parte y de manera exitosa, el proyecto de Independencia de Venezuela a partir de 1810. Los capitales obtenidos por las misiones capuchinas permitieron a los Patriotas mantener la estabilización de la República; de las misiones se costó el gasto de funcionamiento administrativo, la compra de armamentos, logística del ejército, papel y tinta para el Correo del Orinoco. Las situaciones antes mencionadas hicieron posible la muerte violenta de muchos misioneros, la fuga de otros y el derrumbe de todas las misiones.

La obra contiene una serie de anexos referidos a mapas –a suerte de ilustración– fotografías y cuadros sinópticos que de forma pedagógica expresan la labor misionera de los Capuchinos Catalanes en Guayana. Probablemente las percepciones personales del autor, su particular valoración interpretativa del proceso de integración territorial de Guayana y

lo complejo que resulta hablar de historia territorial de Venezuela, sean motivos de peso para promover el conocimiento de esta obra entre estudiantes de bachillerato y universitarios deseosos de conocer la otra cara de la verdadera historia territorial de Venezuela.

En lo personal, recomiendo la lectura del libro a docentes de diversificado que deseen informar a sus alumnos –con documentación extraída de fuentes– sobre la génesis territorial de Guayana, su posición geográfica e importancia económica a lo largo de la historia. También es recomendada la lectura a estudiantes universitarios que, interesados por la historia territorial de Venezuela, deseen ampliar sus conocimientos en relación al tema. Cabe destacar que dado el manejo de un lenguaje especializado y el uso frecuente de notas críticas por parte del autor, la obra está dirigida a un grupo específico de lectores, no recomendado a todo público.

Manuel Donís Ríos es Doctor en Historia egresado de la Universidad Católica Andrés Bello, actualmente es director de postgrado e investigador a tiempo completo del Instituto de Investigaciones Históricas y profesor de la cátedra Historia Territorial de Venezuela en la Maestría de Historia de dicha universidad. Cuenta con una amplia trayectoria como especialista en el área de historia territorial, muestra de ello son algunas de sus obras entre las cuales destacan: *Evolución Histórica de la Cartografía en Guayana y su significación en los derechos sobre el Esequibo* (1987). Realizó un trabajo en conjunto con el P. Hermann González Oropeza donde resultó el libro *Historia de las fronteras de Venezuela* (1989) y el *Atlas de la Historia Cartográfica de Venezuela* (1983); *El Territorio de Venezuela, documentos para su estudio* (2001), *Militares y fronteras en Venezuela* (2001).

HOBBSAWM, Eric. 1998. *Sobre la historia*. España: Editorial Crítica, 298 páginas.
Por Andrés Cañizález

Eric Hobsbawm está dentro de lo que podríamos llamar *Star System Cultural*, pues ha logrado combinar un rigor académico evidente, con una nada despreciable posición en las marquesinas de las secciones culturales de los principales medios de comunicación del planeta. Esto último tal vez se deba, en buena medida, al impacto que provocó su visión del “corto siglo XX”, que se centró en la revisión de lo ocurrido entre el estallido de

la primera guerra mundial y el derrumbe del muro de Berlín*. En dicho texto, que tuvo una acogida muy favorable tanto entre críticos, como en un buen número de lectores (ha sido traducido a unos 10 idiomas), Hobsbawm sin embargo rompió con lo que había sido una línea de su trabajo, que se había centrado en el siglo XIX (con evidentes influencias marxistas), y por primera vez abordó el análisis de un período histórico contemporáneo, de cuyos sucesos –en buena medida– además fue testigo.

Una crónica periodística describe a nuestro autor de la siguiente manera:

Alto, un poco desgarbado a sus ochenta y dos años (...) Habla un perfecto español con un timbre grave y pausado. Polaco de ascendencia por lado paterno, su familia es de origen judío. Nació en Alejandría en 1917, cuando Egipto formaba parte del imperio británico; se educó en la Viena de los años veinte, pasó su adolescencia en Berlín y abandonó Alemania con la llegada de Hitler al poder. Desde entonces reside en Londres. Vivió un período en Colombia y Perú. Es miembro de la British Academy y de la American Academy of Arts and Sciences, y hasta su retiro enseñó en la Universidad de Londres, en el Birkbeck College. Actualmente dicta clases en la New School for Social Research en Nueva York.

Es evidente que esta vivencia internacional, precisamente a lo largo del siglo XX, le otorgó claves para su lectura.

Con constantes referencias a la influencia marxista en su vida intelectual, y de esta corriente en el propio quehacer de los estudios históricos, para Hobsbawm una vez derrumbado el Muro de Berlín, y con él – de alguna manera– una apuesta política comunista, le resulta muy estimulante seguir haciendo historia desde el bando de los vencidos. Su amplia mirada sobre el siglo XIX se condensó, en buena medida, en la trilogía: *La Era de la Revolución, 1789-1848*, *La Era del Capital, 1848-1875* y *La Era del Imperio, 1875-1914*, a la que luego se sumó *Naciones y Nacionalismo desde 1780*.

Al leer *Sobre la historia* se tiene, como primera sensación una cierta inconformidad con el título de la obra, pues la lectura de los diferentes capítulos en verdad nos colocan ante un libro que perfectamente pudo titularse “Sobre los historiadores” o “El historiador”. En buena medida Hobsbawm apunta no tanto hacia las características del análisis histórico, sino al rol que juegan los profesionales de la historia, con abundantes

* HOBSBAWN, Eric. 1995. *Historia del Siglo XX*. España: Editorial Crítica

referencias a autores clásicos y contemporáneos concretos, y a su propia labor en la disciplina. Se trata, en todo momento, de una mirada crítica, nada complaciente, es –al mismo tiempo– una mirada documentada y vivencial.

Al ser una recopilación de ponencias presentadas y artículos publicados en muy diferentes momentos y escenarios, el libro tiene una diversidad de textos no siempre con el mismo tenor. Nos encontramos ante 21 capítulos, que originalmente tienen fechas tan dispares como 1969 y 1996, y entre los cuales el nivel de reflexión también es diferente. El autor reconoce esta debilidad y al inicio de cada capítulo especifica el origen del texto y las modificaciones que sufrió o no a lo largo del tiempo para pasar a ser parte del libro. Por otro lado, esta característica repercute negativamente en otro aspecto, nos encontramos con repeticiones o referencias similares, lo cual sale a relucir de forma más evidente cuando se hace la lectura consecutiva de los diferentes capítulos. Posiblemente para un lector que se pasee sólo por algunos capítulos, esta deficiencia no saldrá a la vista de forma clara.

Sin embargo, visto en su conjunto, el libro constituye un aporte significativo a la reflexión sobre el rol del historiador en nuestros días.

Dos acotaciones críticas, adicionales, antes de entrar a comentar lo que nos parecen los asuntos más relevantes de esta lectura. El mismo Hobsbawm admite la “omisión” en la temática de género dentro de sus reflexiones iniciales en torno a la “historia desde abajo”, a la cual dedica un capítulo específico y además hay variadas referencias en otros apartes. Esta ausencia de las mujeres en la revisión metodológica y política que significó para la disciplina “la historia desde abajo”, en la óptica del autor, no puede achacarse exclusivamente a una deficiencia o machismo de Hobsbawm. En la revisión de algunos autores y debates, en el seno de la academia británica, nuestro autor encuentra igualmente omisiones en torno al papel de las mujeres en esa nueva mirada histórica.

La segunda acotación nuestra tiene que ver con el lugar desde dónde se hace la reflexión histórica. Aunque por sus posturas políticas de izquierda, Hobsbawm insiste en que todos los pueblos tienen historia (de hecho titula así uno de los capítulos del libro), sus reflexiones podrían pecar de “eurocentristas”. Mirar los procesos históricos globales desde un punto geográfico determinado evidentemente es válido, pero al mismo

tiempo debe reconocerse tal condición para evitar generalizaciones que en una época como la nuestra, de revisiones y revisitas al campo teórico y analítico, colocan en tela de juicio una homogeneización de procesos diversos y plurales.

Todo lo anterior, sin embargo, no le quita peso al libro de Hobsbawm, especialmente puede considerarse un singular aporte reflexivo para quienes trabajan en la disciplina. Lo significativo del libro, desde nuestra lectura, está en al menos tres aspectos. El primero de ellos tiene que ver con el papel político de los historiadores en la sociedad contemporánea. Para el autor, esto constituye una metamorfosis en su mirada, que anteriormente consideraba a los estudios históricos como políticamente inofensivos, pero que al leer las claves de los nacionalismos y acciones terroristas que levantan tales banderas en Europa, se ha dado cuenta que existe un imperativo llamado para los historiadores. “La historia es la materia prima de la que se nutren las ideologías nacionalistas, étnicas y fundamentalistas (...) El pasado es factor esencial –quizás el factor más esencial– de dichas ideologías” (p. 17), y esta realidad obliga a “cumplir su deber como historiadores en el sentido de tratar con responsabilidad los hechos históricos, y, lo más importante y retador, (los historiadores) somos los encargados de criticar todo abuso que se haga de la historia desde una perspectiva política-ideológica” (p. 18).

Un segundo aspecto significativo tiene que ver con las reflexiones de Hobsbawm en torno a la “historia desde abajo”, que como hemos dicho además de un capítulo específico aparecen a lo largo del texto en diferentes momentos. Para nuestro autor, en esta corriente historiográfica existe, por un lado, una evidente influencia francesa, que encontró en los registros y archivos de la Revolución un material valiosísimo para sus aproximaciones. Al tiempo que hubo un aporte marxista, pues entre los historiadores de esta corriente ideológica “el interés por la historia desde abajo aumentó al crecer el movimiento obrero” (p. 207). Sin embargo, lo más revelante en lo dicho por Hobsbawm apunta a una cuestión de método: en la “historia desde abajo” el problema del historiador

no es tanto descubrir una buena fuente (...) Lo que normalmente tenemos que hacer es reunir una información a menudo fragmentaria; y para ello debemos componer nosotros mismos el rompecabezas (...) El historiador de los de abajo no puede ser un positivista de la vieja escuela. Debe saber, en cierto modo, qué es lo que busca, y sólo si lo sabe, puede reconocer si lo que encuentra encaja con su hipótesis o no (p. 213).

Finalmente, la tercera cuestión de peso relevante en este texto de Hobsbawm, que como hemos dicho en realidad disecciona la labor del historiador; la cual está relacionada con el historiador y su época, en tanto esa época que justamente está viviendo pase a ser motivo de sus reflexiones y análisis. La mirada del autor sobre este tema surgió a propósito de su libro sobre el siglo XX, pues en buena parte de los sucesos que aborda él pudo presenciarlos y vivirlos. Esta condición le otorga a quien escribe sobre los hechos contemporáneos una dosis muy personal, que si bien es inevitable en el análisis de cualquier período (incluso de los más remotos), es aquí asunto central. Para nuestro autor, “en la medida en que el principio de la comprensión histórica es una apreciación de la otredad del pasado, y que el peor pecado de los historiadores es el anacronismo, tenemos una ventaja innata que compensa nuestras numerosas desventajas” (p. 235). Hobsbawm, sin embargo, le teme más a un aspecto central y característico de las sociedades modernas, el exceso de información: “el problema fundamental para el historiador contemporáneo, el historiador de estos tiempos interminablemente burocratizados, documentados e investigados, es el tremendo exceso de fuentes primarias más que de la escasez de las mismas” (p. 240).

LANGUE, Frédéric. 2000. *Aristocracia, honor y subversión en la Venezuela del Siglo XVIII*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 340 páginas. Por Eduardo García P.

La obra escrita por Frédéric Langue titulada *Aristocracia, Honor y Subversión en la Venezuela del Siglo XVIII*, publicada por la Academia Nacional de la Historia, constituye un estudio sobre las dinámicas de poder existentes en la colonia durante el siglo XVIII.

Los estudios relativos a las transformaciones políticas del siglo XVIII venezolano han sido abundantes en el escenario historiográfico del siglo XX. Inicialmente orientados al análisis de elementos y factores vinculados con el surgimiento del movimiento independentista, una buena proporción de los mismos han resaltado la influencia exógena representada por las Revoluciones Norteamericana y Francesa, la Independencia de Haití, la difusión de la masonería y del pensamiento ilustrado, entre otras temáticas. De la misma manera en el ámbito interno los estudios tradicionales han

centrado su interés en el enfrentamiento entre los distintos grupos sociales (especialmente entre peninsulares y criollos), las repercusiones internas de las reformas borbónicas y los movimientos preindependentistas como antesala del movimiento emancipador.

En el libro *Aristocracia, Honor y Subversión en la Venezuela del Siglo XVIII* la autora inicia su reflexión a partir de la *historia de las representaciones* por considerarla más “abierta a la fluidez de las circunstancias, al carácter evolutivo de las configuraciones sociales y por lo tanto capaz de restituir el sentido real de los hechos”. El mismo título de la introducción del libro *De la historia de las elites a la historia de las representaciones: las declinaciones de un modelo cultural*, demarcan la intención de la historiadora en ponderar las dinámicas del poder real existente en la Venezuela colonial desde una perspectiva de *los de abajo*, es decir, de aquellos grupos que oficialmente no son los “protagonistas” de la sociedad, pero que en medio de relaciones formales e informales con la elite participan en las dinámicas de cambio estructural propias del siglo XVIII.

La aproximación al tema del poder no se limita a incorporar las voces anónimas de las castas inferiores. Existe una concepción amplia de las dinámicas de poder institucional y cotidiano como expresión cultural, que se reflejan en las discusiones en el seno del ayuntamiento caraqueño, en los pleitos entre la burocracia española y los grupos económicos preponderantes, pero también en otros escenarios, considerados erróneamente por algunos como ajenos al tema, como por ejemplo el control social de la Iglesia, las festividades religiosas que se desarrollan en distintas localidades de la provincia, las actitudes *piadosas* de los criollos, entre otros aspectos.

En el estudio del origen de la elite mantuana bajo un enfoque comparativo con la realidad del Virreinato de Nueva España, se destaca una continuidad en la propiedad de la tierra por parte de los criollos caraqueños.

... estos representantes de la élite caraqueña constituyen la excepción (...) la mayoría de las dinastías caraqueñas estaban instaladas en la provincia antes de 1650 (...) son las familias Tovar, Mijares, Ponte, Palacios, Blanco, Liendo y Bolívar... (p.55)

La ausencia de un cambio sustantivo en los nombres que detentaban el poder de la tierra es un factor a considerar en la evolución de la sociedad caraqueña. El auge del cacao, especialmente visible en el siglo XVIII, favoreció el predominio de la clase terrateniente frente a los comerciantes y

mercaderes, fortaleciendo el sentido de identidad del mantuanaje expresado en el ayuntamiento y más tardíamente en el consulado de Caracas. Las alianzas familiares y la práctica endogámica fueron constantes en la Caracas durante todo el período colonial. Dichas prácticas se hacen más visibles y recurrentes en la medida en que la provincia se hace más productiva y en consecuencia eleva su estatus frente a las autoridades metropolitanas.

Aunque existen alianzas entre los grupos económicamente poderosos, que a su vez ejercen el poder político local, fueron recurrentes los casos de “matrimonios inconvenientes” a los cuales hace referencia la autora. La oligarquía aprovecha la *Real Pragmática de Matrimonios* promulgada en 1776 y luego en 1803 con la *Novísima pragmática de matrimonios* para impedir, a través de dispensas solicitadas por los padres de familias, las alianzas que ponían en duda la honorabilidad familiar. La prohibición de contraer matrimonios a menores de 25 años en el caso de los hombres y 23 años en el caso de las mujeres sin el consentimiento de los padres, tranquilizó a la oligarquía caraqueña. Sin embargo, la misma decisión de la corona es reflejo de un dinamismo social que consideraron peligroso pero que representaba una realidad en la sociedad del momento. De esa manera se frenaba un poco el auge del grupo de los pardos, quienes constituían el grupo más numeroso de la sociedad. A pesar de esta concesión en el tema de matrimonios que adquieren los mantuanos para preservar su *estirpe*, se analiza en la obra de Langué los efectos que produjo en el seno del cabildo la posibilidad que adquieren los pardos, a partir de 1788, de ingresar a la universidad y de seguir la vida religiosa, así como el malestar ocasionado por la conocida Real Cédula de Gracias al Sacar de 1795. Frente a esas inquietudes étnicas, señala la autora, “se asomaba otra preocupación: la de la difusión de las ‘perniciosas’ ideas dadas a conocer después de la revolución Francesa, particularmente entre los pardos”.

Las actitudes poco revolucionarias asumidas por la elite terrateniente criolla son analizadas mediante las representaciones ante el Rey realizadas por el cabildo ante los movimientos de José Leonardo Chirino, Gual, Picornell y España y Francisco de Miranda. De igual manera la autora hace referencia al término “miedo a la revolución”, tomado del libro de Miguel Izard, para describir las actitudes asumidas por algunos grupos dominantes frente a las ideas modernas.

Particularmente interesante es el análisis que se realiza en atención a la actuación del Real Consulado de Caracas. A pesar de la relativa armonía existente entre este organismo con las demás instituciones y la efectiva actuación en materia de fomento de la economía colonial que dicha institución realizaba, según la autora comienza a perfilarse un grupo dentro de la elite el cual estará representado por figuras como Luis López Méndez, el Conde de San Javier, Manuel Felipe Tovar, con clara formación ilustrada quienes posteriormente serán protagonistas en los momentos iniciales de la revolución independentista. Ante esta situación Langue se pregunta:

... ¿en qué medida la independencia en su acepción económica y política fue la culminación del proyecto formulado en las actas y memorias de estas agrupaciones a la vez mercantiles y políticas que son los consulados de comercio...? (p. 114).

La religiosidad manifiesta en la sociedad colonial permite destacar algunos elementos vinculados con la oligarquía, el honor y la subversión social. En primera instancia, la autora destaca la alianza Iglesia-hacendados en el aspecto del modelaje del buen cristiano que debía seguirse en la sociedad. Esta alianza es visible a través de las múltiples donaciones provenientes de los hacendados para hacer cofradías y capellanías en sus propiedades. De igual manera el grupo económicamente dominante promueve la construcción de casas para hijos expósitos, cárceles y hospicios, manifestando la caridad cristiana como expresión del poderío social que detentaban.

La Iglesia por su parte se muestra celosa del comportamiento de sus feligreses restringiendo algunas manifestaciones religiosas por considerar que propiciaban el pecado entre los distintos actores sociales, especialmente cuando pertenecen a grupos étnicos diferentes. En el aspecto relativo al pecado y al "mal vivir", destaca Langue que la Iglesia siempre hace referencia a casos de pardos y esclavos (¿multitud promiscua?) pero evita señalar a los criollos incursores en dichos "delitos".

El estudio realizado por Frédérique Langue permite comprender las dinámicas del poder de una manera global. No se conforma con un mero análisis político-administrativo, ni busca únicamente en los programas de las sublevaciones la mentalidad política de la época. El minucioso estudio desde la propiedad territorial hasta el imaginario criollo de la sociedad colonial, permite a los lectores analizar las representaciones culturales de una época de nuestra historia. La autora se aleja en su obra de la historia

exclusiva de la elite para dar cabida a las representaciones de los grupos sociales inferiores. Debido al predominio de las fuentes vinculadas a la elite muchas veces resulta complejo analizar las representaciones de los “de abajo”. No obstante, el camino trazado por Langue es una útil referencia para los investigadores del área.

El tema de la prosperidad económica (de acuerdo a cifras oficiales y no necesariamente en atención al bienestar social) en las últimas décadas del siglo XVIII y la participación-respuesta que tienen el cabildo caraqueño, el Real Consulado y la población en general, constituye un área que merece ser profundizada por investigadores que desarrollen temas de la historia colonial venezolana. La lectura de las fuentes documentales bajo la corriente de la historia de las representaciones es una buena orientación para el desarrollo de dichos estudios.

MENDIBLE ZURITA, Alejandro. 1995. *La Familia Rto Branco y la fijación de las fronteras entre Venezuela y Brasil. Dos momentos definitorios en las relaciones entre Venezuela y Brasil. El Tratado de Límites de 1859 y la gestión del Barón de Rto Branco (1902 – 1912)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 243 páginas. Por José Manuel Fernández

De las muchas denominaciones que se le han dado al Brasil, nuestra favorita es la de *Impávido Coloso*, título de una excelente novela escrita por el periodista colombiano Daniel Samper Pizano, donde recrea el ambiente interno del país en la época de la dictadura de Juscelino Kubitschek en los años del llamado “milagro brasileño”. Lo cierto es que Brasil, además de vecino de Venezuela, es sin duda el país de mayor peso específico de Latinoamérica en el contexto mundial.

Pero ese Impávido Coloso, fruto de la impronta colonial portuguesa en estas tierras, con una historia paralela pero muy diferente a la del resto de nuestros vecinos que, como nosotros, somos consecuencia del período colonial español, es casi un perfecto desconocido para los venezolanos, más allá de las modas del fútbol, la samba, el carnaval y, en su momento, los garimpeiros. Revertir ese desconocimiento es una necesidad urgente, para poder conocer y comprender más y mejor a Brasil, para así conocernos y comprendernos mejor a nosotros mismos.

Este libro responde a esa necesidad. Su autor, Alejandro Mendible (Caracas, 1942) es un especialista en temas brasileros. Varios otros libros

suyos así lo demuestran (*La Revolución de 1930 y la formación del Brasil Contemporáneo, El Ocaso del Autoritarismo en Brasil, Venezuela y sus verdaderas fronteras con el Brasil*) al igual que sus colaboraciones en diversas publicaciones nacionales y extranjeras. Por lo demás, es profesor universitario con cátedras sobre la temática brasilera y atiende diversas actividades en instituciones académicas y culturales relacionadas con Brasil en Venezuela y en el exterior.

La Familia Río Branco y la fijación de las fronteras entre Venezuela y Brasil está estructurado en dos segmentos. El primero atiende la importancia del Tratado de Límites de 1859 y sus efectos sobre las relaciones venezolano-brasileñas, mientras que el segundo se focaliza en las consecuencias que tuvo para Venezuela la formulación de la política exterior del Barón de Río Branco (1902 - 1912).

El autor separa la bibliografía, revistas y periódicos de cada uno de los segmentos, aportando una valiosa información para la consulta de los momentos históricos tratados en el libro, en caso de ser de interés del lector profundizar o ampliar el conocimiento de los temas.

Al final, complementa esa información con una nueva bibliografía, esta vez más general, enfocada a las relaciones diplomáticas de ambos países o a temas internos que tienen implicaciones en el ámbito internacional de Brasil y Venezuela.

El manejo historiográfico equilibra la posición de diferentes historiadores de ambos países, combinado con el soporte de documentos considerados claves para el autor para entender el proceso bilateral de la relación. Los archivos a los cuales acude Mendible para el soporte documental provienen del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, el Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, la Biblioteca de la Academia de Historia de Venezuela y la Biblioteca Municipal del Estado de Sao Paulo.

Mendible subraya en la introducción de su trabajo, el hecho de que en las relaciones limítrofes de Venezuela, las que tienen que ver con Brasil han sido las que han tenido un menor grado de antagonismo, y justifica la escogencia de los dos momentos históricos que conforman el libro, por considerarlos esenciales para comprender el proceso de larga duración en las relaciones presentes entre ambos países, acotando que no están presentados como hechos aislados, sino como culminaciones de procesos históricos con gestación previa.

El autor nos presenta una detallada descripción cronológica de los sucesos más importantes anteriores a la firma del Tratado de 1859, partiendo desde las negociaciones y vaivenes en la relación entre España y Portugal, que finalmente condujeron a la firma del Tratado de Tordesillas, incluyendo la participación de la Iglesia Católica en los eventos que describe.

Posteriormente, nos lleva a las acciones que desarrollaron ambas Coronas en las tierras recién descubiertas, hilvanando los caminos paralelos, los encuentros y desencuentros que se generaron por ambos lados, tanto en los nuevos dominios como en las respectivas metrópolis.

Hay una especial atención al Movimiento Bandeirante, al cual el autor dedica suficiente espacio para abarcar tanto la importancia que tuvo en el proceso colonizador y su consecuente expansión territorial, como en la formación de la nacionalidad brasileña. En ese devenir histórico, explica la determinante participación de los intereses franceses, ingleses y holandeses y sus luchas con los imperios españoles y portugueses para establecer dominios, haciendo hincapié en la importancia económica que se derivaba del negocio del azúcar y la sal.

El recorrido nos lleva igualmente al área del Caribe, de manera que el lector pueda tener una visión global de los acontecimientos que se iban desarrollando en toda la región, incluyendo también los de la propia Europa, para mostrarnos toda la madeja de hilos que se movían en el momento, donde fue capital la sustantiva actividad de las misiones en las zonas sujetas a delimitación fronteriza, particularmente la del Orinoco, con especial atención a las que correspondieron a los jesuitas.

Se llega así al Tratado de Madrid (1750), resaltado por Mendible por la importancia que tuvo tanto por la Comisión de Límites que llegó a los territorios sujetos a demarcarse como por la participación de Alexandre de Gusmao (diplomático portugués, brasileño de nacimiento), a quien se le atribuye el hecho de ser uno de los primeros promotores del principio *uti possidetis facti* en el Derecho Americano.

Mendible nos sigue llevando a través de los juegos de intereses internos y externos de cada corona y los factores exógenos que se generaron por la intervención de otras potencias europeas, para puntualizar en los hitos jurídicos que se fueron estableciendo (Acuerdo del Pardo en 1761, Tratado de San Idelfonso en 1777, año en que se crea la fundamental Capitanía

General de Venezuela) para colocarnos luego ante las invasiones napoleónicas, que derivaron, para el caso de Venezuela, en una de las causas del proceso de independencia y, para el de Brasil, en el traslado del séquito real portugués a Río de Janeiro, convertida así en sede del Reino.

El libro nos presenta luego una nueva etapa en la relación, establecida ahora entre la Gran Colombia y el Imperio de Brasil, destacándose el interés de Bolívar por establecer una sólida amistad entre ambos y la actuación, definida por Mendible como “de trascendencia histórica”, de Abreu de Lima en esa etapa del proceso.

Viene entonces un momento nuevo, a partir de 1830, cuando se fueron desintegrando los grandes bloques territoriales que habían surgido del proceso de independencia. Se resalta el cuidado que tuvo la diplomacia del Imperio por evitar que ese proceso disgregador incidiera de alguna forma en la unidad territorial del Brasil. El autor destaca que, a partir de ese momento, la confrontación entre el *uti possidetis juris* y el *uti possidetis de facto* se fue haciendo cada vez más manifiesta.

A continuación, se destaca la gestión de Miguel María Lisboa como Agente Diplomático en Caracas, a partir de su llegada en 1843 con la misión de establecer un Tratado de Límites, logro que no obtuvo tras diez años de permanencia en el país. Mendible nos muestra luego una semblanza del Ministro de Asuntos Exteriores del Brasil, el Vizconde de Río Branco. En paralelo, nos presenta un cuadro sobre los problemas internos por los que estaba pasando Venezuela, que veía caer el poder caudillista de los Monagas y sufría las consecuencias de la agudización del conflicto entre las oligarquías de liberales y conservadores que, finalmente, condujeron a la firma en Caracas de un Tratado de Límites y Navegación Fluvial (1859), para presentarnos luego el proceso de revisión del acuerdo en Venezuela, hasta su aprobación final, concluyendo así la primera parte del libro.

El segundo segmento se centra en la gestión del Barón de Río Branco. Mendible hace una amplia presentación de la situación política del continente americano para el momento en que el personaje es nombrado Canciller, precisando que se manifestaba una fuerte presencia hegemónica de los Estados Unidos, destacando los hechos significativos que representaron la guerra hispano-americana y el proceso referente al Canal de Panamá.

A continuación, el autor refiere la forma en que se produjo el proceso de transición de la monarquía a república en Brasil, en el cual se destaca también la presencia estadounidense, tanto por la importancia en las relaciones económicas, por ser, entre otros factores, el principal comprador de café brasileño, como por la inspiración del sistema federalista y presidencialista que tomó como modelo el Congreso Constituyente del Brasil.

La descripción y análisis del autor nos lleva, a través de lo que popularmente se denominó la "República del Café con Leche" (concertación de los intereses de los sectores cafetaleros y ganaderos), a las razones que finalmente condujeron al Presidente Rodrigues Alves a nombrar a Rfo Branco en el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores.

En este momento, Mendible hace un largo paréntesis para penetrar en la biografía del Canciller, abarcando aspectos personales y familiares, formación intelectual, historial diplomático, características psicológicas y la relevancia y popularidad que había obtenido en Brasil.

Viene entonces el comienzo de la gestión del Barón, que casualmente se inicia en momentos críticos para Venezuela, que sufría los embates del Bloqueo a sus costas en 1902. Esta coyuntura, según Mendible, le permitió a Rfo Branco detectar la existencia de una rivalidad entre el colonialismo europeo y el emergente imperialismo norteamericano. La situación le permitió mejorar los vínculos diplomáticos con los Estados Unidos, convirtiendo al Brasil en el primer defensor de la Doctrina Monroe en el continente. Desde esos tiempos, surge una frase del secretario de Estado, James Blaine, quien expresó: *Brasil ocupa en el sur la misma importante posición que los Estados Unidos en el norte*, que sería reiterada periódicamente por diferentes prominentes funcionarios norteamericanos hasta nuestros días.

Esta simbiosis entre Brasil y Estados Unidos condujo, según el autor, a la imposición del Panamericanismo, consolidado a raíz de la celebración de la III Conferencia que se efectuó en Rfo de Janeiro en 1906, cuyas características y desarrollo son descritas en el libro. Paralelamente, como consolidación de esa relación, se nos deja conocer el proceso mediante el cual Washington y Rfo de Janeiro intercambian embajadas.

Una vez establecida la situación macro del continente y la relevancia que obtiene Brasil, el libro nos presenta un detalle de la relevancia de las actividades llevadas a cabo en Venezuela por el diplomático Manuel de

Oliveira Lima a partir de 1905, siempre en el contexto de la descripción de la dinámica política, social y económica brasileña.

Posteriormente, Mendible nos muestra la Venezuela con la que se encontró el diplomático, presentando elementos comparativos entre ambos países, para luego llevarnos al proceso de la firma del acuerdo limítrofe, el 9 de diciembre de 1905.

Una vez presentado el caso Venezuela-Brasil, el autor se extiende en la explicación de la forma en que se fue ejecutando el cumplimiento del objetivo que se propuso Rfo Branco, que fue el de establecer límites con todos los países vecinos. De todo el proceso, se resalta con especial importancia la relación con Argentina, país con el cual históricamente Brasil ha tenido rivalidades hegemónicas en la región latinoamericana.

Luego viene una evaluación de la gestión del Barón, de la que sale muy favorablemente evaluado por el autor del libro.

Mendible aporta unas páginas finales a este capítulo estableciendo la perdurabilidad en el tiempo de la visión estratégica de Rfo Branco, para luego resumir el devenir histórico de Venezuela y Brasil y la relación bilateral que han mantenido en el tiempo, hasta la década de los ochenta del siglo XX. De cara al futuro, plantea que las relaciones entre ambos países tienen en la gestión del personaje una referencia inestimable para el logro de objetivos comunes favorables.

El libro concluye con unas breves recomendaciones que sugieren políticas de acción a tomar por parte de Venezuela con respecto a Brasil, y se complementa con una serie de anexos con fotos, copias de noticias en periódicos y una selección de mapas que muestran la evolución de las fronteras brasileñas en el tiempo, además de una útil y detallada cronología de las relaciones bilaterales entre Venezuela y Brasil, desde 1859 hasta 1980.

Tenemos a mano, entonces, un libro que, a partir de dos procesos de absoluta relevancia para la relación entre ambos países, nos muestra un marco histórico continuo que nos permite tener una visión comparativa de dos procesos que no ha tenido todos los encuentros que ha podido tener, pero que –de cara al futuro– ha sufrido pocos desencuentros, lo que permite visualizar la posibilidad de que el campo para una mutua relación más beneficiosa sea mucho más fértil.

Para ello debemos tener en cuenta dos cosas: el coloso seguirá siendo coloso, pero de ambos lados hay que tratar de que deje de ser tan impávido.

PELLICER, Luis Felipe. 2003. *Entre el Honor y la Pasión. Familia y Matrimonio en Venezuela. 1778-1821*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 142 páginas. Por Diana Sosa Cárdenas

El presente estudio de Luis Felipe Pellicer referido a la Real Pragmática de 1776, —ley que prohibía los matrimonios entre blancos y pardos—, se empalma con su trabajo anterior, *La Vivencia del Honor en la Provincia de Venezuela 1774-1809*, sobre la Real Cédula de Gracias al Sacar de 1795, que permitía equiparar a los pardos con los blancos a cambio de una tarifa pecuniaria. Ambos libros, de gran interés, son una muestra de un historiador dedicado al estudio de la familia y la sociedad de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

La Real Pragmática estuvo vigente entre 1778 y 1820 y el autor estudió los argumentos esgrimidos por los familiares de los contrayentes, que se oponían a estos matrimonios cuando consideraban que desmejoraban la condición social del futuro cónyuge. Esta ley estaba dirigida a los blancos e indios y a los pardos únicamente en los casos que éstos sirvieran de oficiales en las milicias de pardos o tuvieran alguna distinción de los demás pardos por su buena reputación o servicios prestados a la Corona. Estas oposiciones se denominaban *disensos* y su base jurídica era la Real Pragmática promulgada por el Rey en 1778. A partir de esta fecha, la familia tenía una base legal para impedir estos matrimonios.

En una sociedad de tipo jerárquico, en la cual estaban bien determinadas las condiciones de cada estrato, no era sencillo tratar de saltar estas barreras, pues la familia y el Estado mismo no estaban dispuestos a permitir que esto ocurriera. Igualmente, esta ley obligaba a los blancos menores de edad a solicitar autorización de sus padres o autoridades reales más cercanas para el consentimiento de su matrimonio.

Pellicer nos presenta un trabajo de amena lectura, tras haber consultado directamente los archivos sobre matrimonios y disensos. Recopiló una muestra de 245 casos entre 1778 y 1820 de diversa índole con el fin de obtener un abanico amplio de las diferentes causales que los familiares de

aquellos jóvenes argüían para evitar un matrimonio que no aprobaban. Igualmente, ubicó casos en diferentes ciudades del país. Su objetivo fue demostrar la complejidad de la sociedad colonial, con grupos o élites dentro de cada calidad o estamento social. Esta difícil situación de pugna entre los diferentes estamentos, se puso en evidencia con la promulgación de la Real Pragmática de 1778.

La obra está dividida en cinco capítulos. En el primero, encontramos disensos interpuestos por los familiares de los contrayentes que fueran blancos. La principal causa esgrimida en estos casos, es la diferencia de “calidad”, entendiéndose ésta en su factor étnico, es decir, se pertenecía a una misma calidad dependiendo de la raza, si se era blanco, pardo, indio o negro. También se podía ser de diferente calidad aún perteneciendo al mismo estrato social, como por ejemplo, en los casos en que ambos jóvenes fueran blancos, pero uno fuera noble y el otro no. Estas diferencias las iremos viendo a lo largo del presente trabajo. El término de calidad, era utilizado en esa época y lo haremos de ahora en adelante con la misma acepción.

Así, nos refiere primeramente casos en que ambos contrayentes eran blancos, sin embargo, uno era noble mientras que el otro era del “estado llano”, como se les llamaba a los blancos de menor calidad. Estos últimos, eran generalmente personas que ejercían oficios manuales, como carpinteros, orfebres, panaderos, considerados *viles* y estaban vedados a la nobleza. En los casos en los que se comprobaba esta diferencia de calidad, el disenso era aprobado, mientras que en los casos en que no se comprobaba la nobleza del futuro cónyuge, se declaraba el disenso *irracional* y no se otorgaba. Seguidamente, nos describe casos de disensos entre blancos e individuos que tenían algún origen negro, a los que se les denominaban pardos. Esto funcionaba aunque tuvieran muy lejano el pariente negro. En estos casos resultaba muy difícil comprobar la calidad de la persona. Los pardos constituían aproximadamente el 80% de la población para ese momento. Si se comprobaba que uno de los contrayentes era pardo, se concedía el disenso.

Asombra las diferencias existentes dentro de un mismo estamento, como en el caso de los blancos de mayor alcurnia, es decir, los nobles, quienes no deseaban que sus hijos se mezclaran con blancos de inferior condición social, como los blancos de orilla. Esto nos demuestra que no solo el factor

étnico contaba, sino que era importante que socialmente estuvieran al mismo nivel. En el caso del intento de un matrimonio de un blanco con un pardo, no importaba qué tan lejos se encontrara el ascendente negro, era una marca para la persona y no podía acceder a mejorar su nivel social al casarse con un blanco, pues le estaba prohibido legalmente. Así, encontramos todo un engranaje bien dispuesto a funcionar para no permitir casos de alteraciones voluntarias.

En el segundo capítulo, Pellicer nos describe ejemplos de disensos de matrimonios de pardos entre sí, de pardos con personas de estratos superiores, como eran los indios y mestizos y por último, casos de disensos de matrimonios entre pardos con estratos inferiores, en este caso, con negros esclavos y zambos.

En esta parte del trabajo, notamos que existía una élite de pardos que apelaba a una pureza, no de sangre propiamente, sino de haber mantenido su calidad por generaciones, casándose entre ellos y evitando uniones con estratos inferiores, además de obtener "honor" por su profesión en las milicias. En relación a los zambos y esclavos, el autor nos relata que consiguió poca información referente a estos estratos. La Real Pragmática igualaba a los indios y mestizos con los blancos, sin embargo, aunque se estipulaba por ley, vemos cómo la dinámica social los discriminaba.

Es muy interesante notar como el "honor" de pertenecer a un estamento, continuaba en todos los estratos, a medida que seguimos bajando en la escala social. Es decir, cada estamento se cuidaba de no rebajar su posición en la jerarquía social. Por lo tanto, aunque la Real Cédula funcionaba sólo para los blancos, todos los estamentos inferiores, o "castas", como también eran llamados, estaban atentos a no rebajar su nivel, con matrimonios que no les convinieran.

En el tercer capítulo, encontramos casos de disensos por razones individuales de alguno de los contrayentes, como la mala conducta masculina o femenina. La mala conducta de cualquiera de los contrayentes, eran causales para declarar con lugar el disenso al matrimonio interpuesto por los familiares. Los casos de disensos por mala conducta femenina, solían traer oculto por parte del novio, no querer cumplir promesas de matrimonio ofrecidas. Los expedientes presentaban a la mujer con acusaciones muy fuertes y, en oportunidades, se utilizaba un lenguaje soez para describir la

mala conducta de la joven, con la finalidad de descalificarla ante el juez. Llama la atención la actitud de éste último, quien, al no encontrar pruebas suficientes, no declaraba con lugar el disenso. Esto nos muestra que aparentemente los tribunales en esa época funcionaban bien y sentenciaban ajustados a Derecho.

El cuarto capítulo se refiere a casos de oposiciones de matrimonios, que en el fondo tenían la intención de proteger el patrimonio familiar, ocultando la verdadera razón para que los familiares se opusieran a los matrimonios. Entre ellos, encontramos el caso de una madre que no deseaba que su hijo se casara, pues iba a ingresar al sacerdocio, lo cual le proporcionaba un mayor prestigio y a futuro una mejor situación económica para ella. Insistimos, en que nos impresionó gratamente, el hecho de que los jueces avalaban el disenso únicamente en los casos que realmente hubiera pruebas para ello, salvo algunas excepciones, que se tratara de familias poderosas con influencia en los tribunales.

En el quinto y último capítulo, el autor nos presenta la otra cara de la moneda, es decir, la defensa que presentaban los contrayentes, ante las oposiciones de los familiares de alguno de estos jóvenes con ocasión del matrimonio. Las estrategias utilizadas por los novios eran diversas. Algunas veces, se rebajaban la calidad, lo que refleja claramente su intención de casarse. En otras ocasiones, renunciaban a la herencia, falsificaban documentos, utilizaban la fuga y el depósito. Este último, consistía en que el pretendiente solicitaba al tribunal que la novia fuera llevada a otra casa a vivir mientras duraba el juicio, con la finalidad de que la joven pudiera declarar con imparcialidad y tranquilidad en los tribunales, sin la presión de sus familiares y efectivamente, rendía declaraciones diferentes antes y después del depósito.

En 1783, la Pragmática Real sufre una modificación, una apertura, contemplando que al llegar a la mayoría de edad, si los contrayentes eran de la misma calidad, no necesitaban la licencia del padre para casarse como anteriormente. Y, finalmente, la República cambia nuevamente las normas sobre la mayoría de edad, estableciendo ésta a los veinte años, en vez de veinticinco.

El estudio califica a la estratificación social, "(...) con una función de ideología estabilizadora internalizada por todos los estratos sociales". En

relación a este punto, difiero un poco del concepto de ideología estabilizadora del autor. Considero que esa estratificación social fue, más bien, una ideología desestabilizadora; una jerarquía impuesta por razones étnicas, bienes de fortuna heredados, restricción de acceso a cargos públicos y a la educación, desestimando los valores personales y creando así, en los individuos, rencores y sentimientos negativos que se desataron posteriormente como demonios, reflejados en la crueldad que se vivió en la guerra de Independencia. Igualmente, considero que si esta jerarquía hubiera estado “internalizada” por la sociedad, no se hubieran dado casos sobre matrimonios desiguales, como los analizados en el libro en cuestión, ni hubiera sido necesaria la promulgación de la Real Pragmática.

Asimismo, el autor nos dice que la “(...) opción republicana triunfa, sin que la nación o la República pueda sustituir a la Corona como sustento ideológico de la estructura de poder interna”. En este punto, considero que la finalidad de la guerra de Independencia no fue sustituir una ideología por otra, sino que ésta tuvo sus bases en razones de tipo económico, social y político y trajo como consecuencia dentro de sus cambios, entre otros, al final de la guerra y comienzo de la República, una mayor igualdad social, a pesar de que la esclavitud fuera abolida posteriormente, en 1854.

Por último, quisiéramos comentar sobre este acucioso trabajo, que al transcribir párrafos enteros de los expedientes, nos hace vivir muy de cerca la cotidianidad de la época, las inquietudes y necesidades de una sociedad en un momento de grandes cambios. Recomendamos la lectura del libro, para conocer un poco más acerca de las situaciones que se les presentaban a aquellos jóvenes que se atrevían a desafiar los cánones establecidos por la sociedad y por la ley al momento de contraer matrimonio.

PICÓN, Delia. 2004. *Mariano Picón-Salas y sus Amigos*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 676 páginas. Por José David Navas

El libro *Mariano Picón-Salas y sus Amigos* es una compilación que contiene el epistolario entre el escritor Mariano Picón-Salas y treinta y cinco de sus amigos durante el periodo que va desde 1921 a 1963. En estas cartas se aprecia una gran variedad de temas que van desde el simple comentario de los actividades cotidianas y opiniones acerca de obras literarias hasta

invitaciones para la ocupación de cargos públicos y privados tanto dentro como fuera de territorio venezolano.

En esta obra Delia Picón despliega la correspondencia de su padre, compuesta por 271 cartas, en orden cronológico desde 1921 hasta 1963; presenta previamente un panorama de las amistades de Picón-Salas y termina la introducción planteando la siguiente interrogante:

¿Cómo se compilará la correspondencia del futuro? Los e-mail de ahora son tan fugaces y de muy difícil conservación porque uno tiende a borrarlos de manera natural. Las cartas de Picón-Salas y sus amigos han perdurado a través del tiempo porque el papel no se ha destruido, pero en una computadora me pregunto: ¿cómo se conservará!

Es interesante conocer sobre la vida personal de Mariano Picón-Salas, de su círculo de amistades, y de esta manera, ahondar en una faceta poco estudiada de este personaje. Además para conocer el siglo XX venezolano, resulta difícil realizar investigaciones obviando la presencia de Mariano Picón-Salas.

Los amigos de Mariano Picón-Salas que están presentes en este trabajo de compilación epistolar son:

Alberto Adriani (1921-1934), quien fue amigo y paisano de Mariano Picón-Salas desde su juventud, en estas correspondencias, que incluye 10 cartas entrecruzadas y 12 fragmentos de cartas de Adriani para Picón-Salas, allí se evidencia una fuerte amistad que comparte la experiencia de tener que ir al extranjero a estudiar en la universidad; asimismo Enrique Planchart (1922-1947), éste conoce a Mariano en Caracas desde muy joven. En sus cartas entrecruzadas, veinte en total, se manifiesta una amistad que comparte diversiones (fiestas, cervecerías, etc.) y pasiones (la literatura) además de comentar sus proyectos futuros.

También intercambia cartas con Alberto Zérega-Fombona (1921-1960), la correspondencia con este personaje está compuesta por dos cartas que expresan admiración por la obra literaria de Mariano Picón-Salas. Federico de Onís (1929-1950) es otro de los personajes presentes, para el momento que comienzan a cruzarse estas 11 cartas Picón-Salas ya se ha trasladado a Estados Unidos y el contenido principal de esta correspondencia es referente a su labor como profesor en la Universidad de Columbia. Igualmente con Rómulo Betancourt (1931-1959), donde la amistad entre estos

dos importantes venezolanos es "tan larga como la vida", según expone la compiladora. El epistolario Picón-Salas Betancourt está conformado por treinta y dos cartas que hacen mucha referencia al comentario de la experiencia política vivida y a los planes y proyectos políticos y gubernamentales para la Venezuela democrática.

También aparece Luis Alberto Sánchez (1930-1962), pero la correspondencia entre este peruano y Picón-Salas consta de trece cartas que abordan el tema de las letras y de los escritores en Latinoamérica, además de comentar ampliamente la importancia y el desarrollo de la revista literaria *Índice* en varios países de habla hispana. Asimismo incluye el epistolario a Ricardo A. Latcham (1933-1958), escritor chileno con el cual Mariano mantiene una amistad muy profunda, en estas cartas entre cruzadas (36 en total) se comentan sobre las apreciaciones que tienen del trabajo del otro, además de invitaciones a participar en actividades relacionadas con el mundo de las letras; a Eleazar López Contreras (1937), con una sola carta en la cual Mariano Picón-Salas expresa su reclamo al, para entonces, presidente de la república quien le pide su renuncia a un cargo diplomático que venía ejerciendo en Checoslovaquia debido a los artículos de varios periódicos que lo catalogan de comunista, ésta quizás es una de las cartas más cargadas de contundentes planteamientos compiladas en este libro.

Otro personaje es Jacinto Fombona Pachano (1938), que en una única carta compilada acá, refleja un poco de nostalgia por el tiempo que llevan sin verse además de mostrar su preocupación porque probablemente Venezuela pierda definitivamente a una persona como Mariano Picón-Salas.

También se incluye a Joaquín Edwards Bello (1946), que en la única carta, presentada en el libro, de este intelectual a Mariano se comenta el proyecto de realizar un libro acerca de la juventud de Don Andrés Bello, y solicita su colaboración. Se entrecruza también trece (13) cartas con Vicente Gerbasi (1942-1961), donde se encuentra mucha admiración al trabajo del otro y cordialidad en el trato a la persona.

Asimismo recibe de Alberto Rembao (1943-1960), seis cartas que son, como apunta la compiladora, "halagadoras y risueñas, llenas de encanto". En ellas se comentan anécdotas graciosas de elegantes reuniones diplomáticas, se escriben poemas y se comparten ideas; durante quince años entrecruza varias cartas con Germán Arciniegas (1947-1962), donde exponen sus

ideales y preocupaciones por la América Latina; además comentan, en estas cartas varias obras literarias. Igualmente las nueve cartas que conforman la correspondencia entre Luis Beltrán Guerrero y Mariano (1948-1962), se hace mucho hincapié en el proyectado regreso de Picón-Salas a Venezuela y Beltrán Guerrero lo invita muy cordialmente a formar parte nuevamente de la vida cultural y académica de Caracas.

Con Ángel Rosenblat (1950-1961), las cuatro cartas comentan temas de actualidad, para la época, además de compartir admiración por los trabajos de cada uno y no dejar de comentarse las actividades en que ambos ocupan su tiempo; aparece acá también una carta con Waldo Frank (1951), la única compilada en el libro de este estadounidense a Picón-Salas, donde manifiesta alegría por la similitud que existe en la manera como ven la historia, e incluso le propone a Mariano traducir su obra *Miranda* al inglés y publicarlo para la comunidad anglo hablante. En las cinco cartas que recibe de Silvio Zavala (1951-1963), el objeto principal es invitar a Mariano Picón-Salas a que participe en diferentes foros y trabajos académicos de tópicos diversos relacionados con la historia y la literatura.

Para con Juan Liscano (1951-1963), entrecruza cuatro cartas en las que Liscano expresa admiración al trabajo de Mariano Picón Salas, especialmente a su obra *Pedro Claver* y a sus artículos en el diario *El Nacional*. Las epístolas redactadas por Miguel Ángel Asturias (1955-1958), comentan su opinión sobre los libros de Picón-Salas, oportunidad que aprovecha para felicitarlo.

En las cortas cartas que comparte con Juan David García Bacca (1958-1962) se aprecia gran formalidad, y se comentan solamente acerca del préstamo que ha hecho Mariano de su biblioteca personal a la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela. Durante doce años Mariano Picón-Salas mantuvo comunicación epistolar con Arturo Uslar Pietri (1950-1962), las siete cartas que conforman la correspondencia en este libro compilada entre este personaje y Picón-Salas, expresan una amistad que como era de suponerse giraba en torno a la literatura; en ellas se comparten comentarios gratos acerca del trabajo literario, como también se mantiene informados sobre los eventos internacionales del literatura en los cuales se animan mutuamente a participar.

Con el escritor argentino Francisco Luis Bernández (1956-1959) Mariano Picón-Salas comparte cinco cartas en las que se comentan lo complicado

que puede llegar a ser para un escritor ejercer cargos públicos, debido a que se ven siempre en la necesidad de abandonar un poco la producción literaria. En el conjunto de doce cartas que conforma la correspondencia con el intelectual boliviano Fernando Díez de Medina (1956-1964) se comentan acerca de la sobrecarga de trabajo que llegan a tener en los puestos burocráticos que ocupan, además de admirar la producción literaria e intelectual de cada uno.

En las dos únicas cartas con el mexicano Octavio Paz (1956-1958), se expresa una profunda admiración por la forma de escribir que tiene Picón-Salas además de hacer referencia a los libros que ambos han intercambiando, reconociendo siempre la calidad de la obra literaria de Mariano. La correspondencia entre Mariano y Caracciolo Parra-Pérez (1959-1962) está compuesta por seis epístolas, en las cuales se comparten comentarios sobre conferencias y eventos nacionales e internacionales sobre literatura e historia. Asimismo con Augusto Mijares (1946-1964), donde en las once cartas cruzadas se comparte mucho de sus ideales y sus visiones sobre la actuación de la prensa respecto a la importancia que dan a los artículos sobre temas triviales sobre los de asuntos y reflexiones intelectuales.

Por otra parte con Esteban Salazar Chapela (1939-1963), son nueve las cartas compiladas en este libro, en éstas además de mostrarse la admiración de sus trabajos literarios, Picón-Salas le recomienda a Salazar Chapela colaborar con un amigo británico el cual, entre sus proyectos, tiene la realización de un libro sobre Latinoamérica. Las dos epístolas que componen la correspondencia entre el intelectual español Corpus Barga (1957-1959) y Picón-Salas, expresan básicamente agradecimiento por la cordialidad de Mariano hacia él, durante una visita de éste a Perú, además del encanto que siente por el estilo de Picón-Salas en sus escritos.

Con Irving A. Leonard (1960-1962), profesor estadounidense, Mariano se cruza once cartas, en las cuales se comenta la calidad de la obra literaria de Mariano y su buena labor ante la UNESCO, asimismo, Picón-Salas destaca la excelencia de la obra de su colega Leonard; cabe señalar que este personaje norteamericano fue el traductor de varios libros de Picón-Salas al inglés para su difusión entre el público anglohablante. La correspondencia de Fernando Paz Castillo (1960-1961) con Mariano consta sólo de tres cartas, en las que se comentan hechos acaecidos durante la juventud de ambos y especialmente sobre sus primeros pasos como escritores. En

una de las tres cartas que compone el pequeño epistolado entre Vicente Aleixandre y Picón-Salas (1960-1961), el español califica la obra literaria de Picón-Salas *Pedro Claver* de bellísima, además de expresarle cuanto se le recuerda y quiere en España, en las dos de Mariano al escritor español se expresa la gratitud de éste a la cordialidad de Aleixandre y un reconocimiento a su obra literaria.

En las únicas dos cartas que se cruza con Miguel Otero Silva (1961), éste le comenta a Mariano sobre la oferta que el presidente Betancourt le ha hecho a Mariano para dirigir el Instituto de la Cultura, y Picón Salas le responde que aunque es interesante la propuesta, no está seguro si tendrá fuerzas para asumir la responsabilidad. Con Salvador Reyes (1961-1964), este amigo de la época chilena de Mariano, se presenta una correspondencia compuesta por seis cartas cruzadas, en las cuales se expresa primeramente la añoranza por los momentos que compartieron en Chile y naturalmente el reconocimiento por la buena calidad literaria de sus libros igualmente se expresan agradecimiento por los libros de su autoría que se envían constantemente.

Con el escritor Héctor Fuenzalida (1962), comparte dos cartas donde se realizan comentarios sobre la vida caraqueña, ya que Fuenzalida es amigo de la época chilena de Picón-Salas y para el momento en que escribe la carta reside en Caracas como embajador de Chile. Las cartas con Ernesto Sábato (1962-1963), tres en total, presentan un alto nivel de formalidad y cordialidad, limitándose los comentarios al agradecimiento por las obras que uno le envía al otro y a la organización de proyectos para la organización de eventos literarios internacionales.

Es importante señalar que para la compilación de esta correspondencia se utilizó tanto el Archivo Privado de Mariano Picón-Salas como los trabajos de: Alberto Adriani (*Labor venezolanista*), J. M. Siso Martínez y Juan Oropeza (*Mariano Picón-Salas con apostilla prologal de Rómulo Betancourt*), Gregory Zambrano (*Odisea sin reposo. Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes, correspondencia entre 1927-1959*), y Valmore Muñoz Arteaga (*Epistolario: Briceño-Iragorry y Picón-Salas*). Este libro fácilmente puede ser considerado un aporte que facilita el trabajo de investigación historiográfica o bien un texto para conocer un aspecto más informal de Mariano Picón-Salas y los relevantes personajes que entrecruzan cartas amistosas con él. Personalmente recomendaría su adquisición para quienes gusten o necesiten realizar

investigaciones acerca del círculo de amistades del escritor Picón-Salas o bien de las visiones de varios personajes relevantes acerca de los hechos, situaciones, obras literarias y cotidianidades del siglo XX.

QUINTERO, Inés. 2002. *La conjura de los mantuanos. Último acto de fidelidad a la monarquía española. Caracas 1808*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. 238 páginas. Por Tomás Straka

Siglo y medio de continuos y abundantes estudios no han logrado agotar al tema de la Emancipación. Al contrario, y por paradójico que suene, es precisamente en esa superabundancia donde radica su vigencia. Ya son tantas las generaciones de historiadores que se han sucedido estudiándola, que este sólo afán interpretativo ya es en sí un fenómeno tan importante como el hecho interpretado. O lo que es lo mismo: que el día de hoy, el proceso tanto como su historiografía (buena parte de la cual ya también es historia) merecen igual atención. El imaginario construido en torno a ella, la formación de una consciencia nacional, su impacto en la actualidad, las manipulaciones, usos y abusos de las historias escritas, de los discursos oficiales e incluso de los impugnadores, interesan tanto o más que sus batallas, sus ideas y sus bases sociales y económicas.

Y esto, en sana ciencia histórica, tenía que ser así. Cada paso nuevo a dar, en medio de una literatura tan variada y numerosa, escrita a lo largo de tanto tiempo y de tantas intenciones, obliga a un examen detenido de lo dicho. A esa *metahistoria*, sin la cual es imposible tener consciencia, siquiera mínima, de lo que se está hablando; de no estar lloviendo sobre mojado. Pero, cuidado, no por ello debemos caer en el mismo mal en el que caen ciertos comunicadores que confunden al periodista con la noticia, o que hacen del periodista noticia misma. Descontando la sana y necesaria reflexión teórica –llevada incluso a las alturas de la filosofía de la historia, o de más allá, la *historiología*– la reflexión sobre lo escrito debe traducirse, si es fecunda, en nueva escritura, no en simple exégesis. El estudio historiográfico tiene su plena validez en cuanto que sirve para entender el tiempo histórico del autor, y sólo subsecuentemente de lo estudiado. La emocionante narración de, pongamos, la Batalla de La Victoria que hace Eduardo Blanco, nos dice más de lo que se vivía y se pensaba en Venezuela hacia 1880, que de lo que efectivamente pasó en febrero de

1814. Y sólo por esa vía, a modo de retorno, es que podemos ponderar la narración del combate: acotándolo dentro de los matices del momento en que fue narrado. Lo que quede en firme tras pasarlo por ese tamiz, es lo que sobrevive a la crítica histórica.

En el otro extremo, están aquellos que, en un regusto literario que sin duda ha producido textos soberbios, andan más cerca de las leyendas históricas, ésas a lo Ricardo Palma y Arístides Rojas, que del discurso histórico. Su mérito indudable es hacernos recordar lo cerca que está y siempre ha debido estar la historia de la literatura; que la literatura es incluso una forma tan válida de aprehender y decodificar la memoria como la historiografía. Recordar que la gentileza mínima de un historiador es hacerse entender —y si puede además hacer disfrutar, ¡mucho mejor!— ante quienes quieren o deben trajar su obra. En este espectro el enfoque microhistórico o el de las mentalidades, han hecho aportes deslumbrantes, rescatando resquicios normalmente desechados por la historiografía y brindándonos planos más amplios, más humanos, más hermosos e insospechables del devenir del hombre. Pero es necesario llevarlos a un diálogo con otros para esbozar la complejidad dinámica de la vida, eso que antes se solía llamar *el proceso*. Si la historia es compleja y plural en cuanto *res gestarum*; debe intentarse también en cuanto discurso.

Todo esto es para resaltar el valor de un texto que vuelva a los hechos para romper los mitos; que con solvencia realice esa prístina —y hoy eludida por tantos— misión del historiador que es *narrar* la historia, de aportar una versión basada en episodios, personajes, fechas y documentos concretos, para después pasar al análisis y el desmontaje de tesis imperantes. Tal cosa es lo que ensaya Inés Quintero en el libro que se reseña.

Una de las consecuencias colaterales de la superabundancia de textos sobre el ciclo independentista, es que los temas que han gozado de predilección historiográfica, son tan abrumadoramente mayoritarios que encandilan al investigador, dejando ocultos tras de ellos a muchos otros que aún aguardan por su atención. La llamada Conjura de los Mantuanos es un ejemplo claro de esto. Casi desconocida por la mayoría de los venezolanos, relegada como está en casi todos los manuales y programas escolares; y prácticamente (hasta el libro de Quintero) olvidada por el sector académico, de ella teníamos algunas noticias vagas, la englobábamos en los “movimientos preindependentistas”, junto a los de Miranda o al de

Gual y España, como algo menor, incidental, anecdótico que, a lo sumo, prefiguraba el 19 de abril. Pues bien, Inés Quintero nos dice que eso no fue precisamente así. “La mal llamada ‘Conjuración de los mantuanos’ –asegura– constituye en nuestra historia la última demostración inequívoca de lealtad al monarca y el último acto en defensa de la integridad del reino español”. (p. 230). Una afirmación de este calibre, así como un episodio tan desconocido, ameritan de un breve repaso de los hechos, un *excursus* por parajes que normalmente no se traen a colación en una reseña, pero que acá, como veremos, es necesario.

Entre el 25 y el 29 de noviembre de 1808 un grupo de principales de Caracas le envían sucesivas cartas al Capitán General Juan de Las Casas. Todas giran en torno a un problema: el mancillamiento de su honor. Sucesos que habían provocado el escándalo de la sociedad toda y en particular la zozobra de sus principales, los había envuelto en lo que –consideraban– no era más que un conjunto de malentendidos que estaban poniendo en entredicho lo más caro que un “vecino de distinción” puede tener: “(..) la nota más infame con que se puede mancillar los hombres de bien y de honor(...), según dice el Marqués del Toro en su carta; aquella que además de (...) lastimar altamente nuestra reputación y decoro, llena de confusión a nuestras familias y tiene al pueblo sin duda cavilando sobre nuestros proceder”, según Antonio Fernández de León, futuro e inefable Marqués de Casa León (p. 174): en una palabra, la puesta en tela de juicio de su condición de fieles vasallos.

Todo había comenzado seis meses atrás. El imperio español estaba sacudido por los más graves trastornos vistos en su historia; mayores sin duda que los de la Guerra de Secesión un siglo antes; sólo comparables, tal vez, a los de los días de los Trastamaras y las guerras civiles que precedieron a su gran hora, la de los Reyes Católicos y Colón. Invadida la Península por los franceses, presa una Casa Real que la verdad ya estaba hecha añicos desde antes por la incapacidad de rey, las liviandades de la reina, los abusos de los favoritos y las ambiciones del Infante; puesta la corona en la testa de un hombre no reconocido por el pueblo y éste a su vez alzado en Juntas en las que entraba de todo y que al final poco pudieron hacer para oponerse a las fuerzas napoleónicas tras el milagro de Bailén, simplemente no había Estado en España. Del canto entusiasta de Andrés Bello –“Rompe, el león soberbio la cadena/con que atarle pensó la felonía

(...)”* – a los tenebrosos *caprichos* de Goya, vemos la distancia que separó la ilusión inicial del alzamiento popular, de lo que terminó siendo realmente aquella rebelión de todas las cosas que estaba ocurriendo en la metrópoli. Era, pues, el trágico 1808.

Por toda la América Española sus coletazos estremecieron a las sociedades que se amparaban al cobijo de Su Católica Majestad. Pelucones, gachuipines y mantuanos tuvieron, entonces, que dar repuesta al riesgo de que todo el orden, el “buen orden” del que eran cabeza, se perdiera si se desataban las amarras que lo sostenían. Así, en México, Buenos Aires, Montevideo, Chuquisaca y sobre todo Quito, patricios y autoridades coloniales deciden formar juntas similares a las que operaban en la Madre Patria. Caracas no tenía por qué ser la excepción. El 15 de julio habían llegado unos enviados franceses con el objeto de lograr el reconocimiento de José Bonaparte. Es famoso lo que les ocurrió en la posada “El Ángel”, donde casi son linchados por la indignación de un colectivo restreado con su Monarca, para que después el Capitán General Juan de las Casas los expulse del país. Eso, no obstante, abre las compuertas para la agitación. En un intento de atajarla, decidió De las Casas tomar la iniciativa y forma una comisión integrada por el Regidor del Ayuntamiento de Caracas, Isidoro López Méndez, y el Síndico Manuel de Echezurfa y Echeverría, para que hagan un prospecto de lo que sería una junta venezolana.

Según el plan estaría integrada por 18 vocales, entre ellos: el Capitán General, Su Ilustrísima el Arzobispo, el Regente y el Fiscal de la Real Audiencia, el Intendente, el Síndico Procurador del Ayuntamiento, representantes del Real Colegio de Abogados y de la Real y Pontificia Universidad, el Subinspector del cuerpo de Artillería... En fin, las más altas dignidades del orden colonial. Sin embargo el plan no pudo pasar de eso. Ya para agosto tanto el Capitán General como la Real Audiencia se inclinaron por reconocer a la Junta de Sevilla y por declarar “rebeldes y traidores” a quienes no hicieran lo mismo. El rosario de calamidades que sufrieron el resto de las juntas americanas, todas abortadas con mayor o menor severidad, demuestra que tal fue una tendencia general. Si bien es cierto que hasta el momento nada parecía indicar un alejamiento radical

* “A la victoria de Bailén”, en Andrés Bello, *Obras completas*, Tomo I, Caracas, Ministerio de Educación, 1952, p. 35

de los cauces del “Buen Orden”, “la promoción de Juntas en América fue interpretada por las autoridades españolas encargadas de mantener el orden y la tranquilidad en los territorios de ultramar como un acto de disolución cuyo objetivo último era la independencia”. (p. 116)

Inés Quintero no parece percatarse del alcance real de esta conclusión. Ciertamente que los juntistas hacen todo bajo la égida de su fidelidad de buenos vasallos, pero tanto sus contemporáneos como sus historiadores inmediatamente posteriores, ponderaron al movimiento como independentista. Por algo sería. Además, recuérdese que los sucesos del 19 de abril de 1810, aunque desde el primer momento adquieren un sesgo mucho más radical –pero también lo era la quiebra del Estado español para ese momento– de algún modo siguen el mismo libreto de crear un Junta en nombre del Rey, con consecuencias ya por todos conocidas...

De un modo u otro, en noviembre de 1808 el empeoramiento de la situación española revive el proyecto juntista. Nada indicaba que el Deseado iba a volver al trono; ningún indicio en quien oteara el horizonte anunciaba una pronta derrota de Napoleón. En consecuencia, una reunión de notables encabezada por Antonio Fernández de León llegó a la conclusión de que ni la Suprema Junta de Sevilla, ni la Real Audiencia ni el Capitán General tenían ya legitimidad para gobernar. Y que sin Rey la soberanía se retornaba al pueblo. Unido rápidamente el Marqués del Toro al programa, se obtienen nuevas e importantes adhesiones en el mantuanaje: José Félix Ribas, el Conde de Tovar y sus hijos, Mariano Montilla, el Conde de San Javier, Fernando Key y otros. No es que no haya vacilaciones, hombres como el Marqués de Mijares se abstienen. En todo caso, el 22 de noviembre se eleva una representación solicitando la creación de la junta al Capitán General de Las Casas. “Sobre estas juntas –leemos en el documento- ha descansado y descansa el noble empeño de la Nación en la defensa de la Religión, del Rey y de la libertad e integridad del Estado (...) Las Provincias de Venezuela no tienen menos lealtad, ni menor ardor, valor y constancia que las de la España Europea”, en consecuencia “creemos que es de absoluta necesidad que se lleve a efecto la resolución del Sr. Presidente Gobernador y Capitán General comunicada al Ilustre Ayuntamiento para la formación de un Junta Suprema con subordinación a la Soberana de Estado (...)” (p. 106)

Y aunque “la prosapia, calidad y fidelidad de estos vasallos no daba lugar a dudas. Ninguno había estado entre quienes mostraron simpatía por la sublevación de Gual y España en 1797 y todos, de una u otra forma, se manifestaron contra las pretensiones de Miranda en 1806 (...)” (p. 115), las autoridades españolas se apresuraron a ponerle coto al asunto. El Regente visitador de la Audiencia, Joaquín Mosquera y Figueroa, será el adalid de la reacción. Después de tres años como enviado de la corona para inspeccionar el funcionamiento del máximo tribunal en Caracas, su opinión de los venezolanos era la peor: corrupción, tráfico de influencias, manejos dolosos, atentados contra la moral es lo que encuentra entre los jueces y abogados de la Provincia. Absolutista convencido, en lo que debió influir no poco el hecho de que siendo criollo—era de Popayán—haya llegado a Regente, cosa más bien inusual, ve la “feliz oportunidad”, como dice (p. 131), para poner orden. Convencido—según leemos en la declaración de un testigo—de que “el verdadero aunque oculto objeto de los autores de dicho proyecto, no ha sido otro que excitar una conmoción popular, destruir las autoridades legítimamente constituidas, que todos los buenos vecinos hacen vanidad de respetar (...)” (p. 128), de que son unos “mal contentos del gobierno”, debela el movimiento, se mueve como un púgil, se reúne con el Capitán General, le abre proceso a los comprometidos y tan rápido como en la noche del 24 de noviembre inicia los encarcelamientos: a unos, como Antonio Fernández de León, el Marqués del Toro y el Conde de San Javier, les pone casa por cárcel; pero a otros, más jóvenes y menos ilustres, como a Mariano Montilla y a los hijos del Conde de Tovar, los manda presos al Cuartel San Carlos (que acaso inaugura así su larga tradición de prisión política). A los menos vinculados, los confina a pueblos alejados: Ocumare, Baruta, La Guaira, Curiepe.

Las cartas que el Capitán General recibe a partir del día siguiente son la reacción inmediata de estas medidas. La mamá de Mariano Montilla— ¡de él, que tantas aventuras guerreras viviría después!— alega que su hijo sufre del pecho, de ahogos, parece que de asma... Afección que dice compartir José Félix Ribas. Las fatigas e incomodidades del San Carlos, el susto del apresamiento, no los deja respirar. A Nicolás Anzola los sobresaltos le pegaron más abajo, en el vientre, y no aguanta los pujos. El Conde de Tovar, a quien la edad y la alcurnia lo pusieron a buen resguardo del carcelazo,

hace una exposición más doctrinal. Alega la “irrefragable fidelidad, amor y patriotismo con que la Nobleza ha sabido siempre congraciarse al servicio de sus Augustos Reyes y a nuestra Santa Religión (...)” (p. 168), que “todos somos descendientes de españoles (...) somos hijos y vasallos del Señor D. Fernando Séptimo”. En suma, él, como Fernández de León, el Marqués del Toro y otros tantos miembros del pináculo de la sociedad, se sienten humillados, “¿Será posible —se pregunta el Marqués— que a una sociedad de hombres de honor, y que en todos tiempos y ahora mismo han dado las pruebas más incontestables de su fidelidad se les haya tratado de un modo tan duro...?” (p. 176).

Que, con todo, al final no sería tan duro. Para 1809 ya casi todos estaban libres. A Fernández de León, incluso, después de ser enviado por instigador bajo Partida de Registro a España, tras esas maromas con los que después se haría célebre, no sólo se le disculpa sino que se le premia con un título de Castilla: Marqués de Casa León. De allí en adelante “los hombres de la conjura vivieron desenlaces totalmente diferentes. El motivo fidelista que los unió en 1808, desapareció al definirse el proceso en dirección a la Independencia y determinó el deslinde entre los principales.” (p. 216). Es cierto, unos, como los Montilla, los Ribas, Vicente Tejera, Francisco Antonio “Coto” Paúl o el Marqués del Toro se cuentan entre los Padres de la Patria. Otros, los menos, como Isidoro Quintero y Fernando Key, serán realistas. Miguel Ustáriz se pasa al realismo después de 1814. El Marqués de Casa León pendulará de un bando a otro según pintaran los tiempos. A su vez, es interesante —aunque no lo señale la profesora Quintero— que hombres como el Marqués de Mijares se mantendrán imperturbablemente opuestos a cualquier innovación, bien sea la Junta del año ocho, la del año 10 o la declaratoria de independencia.

Acaso Mijares y Mosquera, como el resto de las autoridades españolas, entendieron que por mucho que se haya hablado de fidelidad al Rey y a la Religión, el movimiento llevaba un germen de rebelión importante: al fin y al cabo dejaba a la provincia en manos de los criollos, lo que rompía muchos de los engranajes esenciales del Buen Orden. Aunque ciertamente es un despropósito sopesarlo igual que las ideas revolucionarias de Miranda o que las amplísimas conspiraciones de Gual y España o de Pirela, de algún modo responden a un mismo sentido, ése que ya anunció Germán

Carrera Damas hace unos años: el de la crisis de la sociedad colonial. El orden, ostensiblemente, estaba quebrado, y a la fracasada solución propuesta por las capas medias, emergentes y radicales de la sociedad expresadas en Gual y España, siguió ésta, venida del pináculo. De algún modo, lo desencadenado en 1810, cuando ya el desplome del Estado español hizo impostergable tomar decisiones drásticas, combinó ambas vertientes.

Inés Quintero tiene razón cuando dice que se trató del último episodio colonial. Pero, a continuación, también pudiera decirse que se trató del primero de la Emancipación. Ninguna otra respuesta colectiva del *patriaciado* criollo contra las autoridades — pensemos en las reacciones del Ayuntamiento contra los gobernadores Ponte y Hoyos o contra Cañas y Merino en el siglo XVIII— tuvo el mismo acento, porque ninguna puso en tela de juicio la legitimidad esencial del orden, entonces más que consolidado, ni el funcionamiento de las reglas de juego básicas: inventar una Junta, por mucho que se metiera en ella al Capitán General y al Arzobispo y que se proclamara en defensa del Rey, ya era introducir cambios en un momento cuando la idea de cambio, en sí, era un exabrupto. Cuando el pensamiento tradicional sostenía la certeza de que Dios había hecho las cosas así como están, desde el principio y hasta el Armagedón.

Ahora bien, pero ya esto es análisis nuestro. El punto es que ésta conclusión fue posible gracias a Inés Quintero. Sin su trabajo, no hubiéramos contado con una base mínima para hacerlo; con él, se rescató para la historia uno de los episodios más olvidados aunque significativos de esa etapa intensa e importante que fue la *prerrevolución*. El paso de una mentalidad a otra, del vecino al ciudadano, del honor a la virtud, se empieza a dar entonces, aunque aún en la masa informe y confusa que tiene toda gestación en sus primeros días. Salvo los dos tomos, publicados en 1968 por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, *Conjuración de 1808 en Caracas para formar una Suprema Junta Gubernativa*, no teníamos mucho más en que estudiar el episodio. Quintero en buena medida lo que hace es construir un relato histórico con base —en ocasiones, incluso, podría decirse que con demasiado apego, habida cuenta la ausencia de consulta en fondos de archivo— en esos documentos. La misión sana e indispensable de la narración hubiera podido trascender más hacia el análisis, cosa que se afiora en algunos momentos del libro. Hay temas que se asoman pero

que no son tocados: el del honor, el del orden, el de la visión socio-cósmica del mundo.

No obstante ello no minusvalora un trabajo que cumple con su cometido de demostrar una tesis, de rebatir otras, de reconstruir un hecho que no había sido reconstruido y de hacerlo con solvencia metodológica y elegancia *escritural*. En suma, de ser una buena monografía de historia. Que su lectura nos haya sugerido tantas cosas, no sólo redundante en su calidad sino en la idea de que, efectivamente, tras siglo y medio de continuos y abundantes estudios aún no se ha agotado el tema de la Emancipación.

SALAZAR, Juan J. 2003. *Caciques y Jerarquía Social. Sociedades Complejas Período del Contacto en el Noroccidente de Venezuela*. Lara: Gobernación del Estado Lara/ Museo Antropológico de Quibor/ Ministerio de Educación Cultura y Deportes/ Consejo Nacional de la Cultura, 228 páginas. Por Juan Carlos Rey González

Si hiciéramos una rápida revisión de la mayoría de los estudios históricos realizados sobre Venezuela, pudiéramos apreciar que nuestra historia parece tener su inicio en 1498, con la llegada del almirante Colón a las costas de Paria. No es que se haya negado la existencia de nuestros indígenas antes de la llegada europea sino que éstos han sido generalmente considerados, en contraposición a las complejas sociedades andinas y mesoamericanas, como miembros de unas sociedades simples, homogéneas o estáticas, y por tanto —si se entiende a la historia como el estudio de los procesos humanos en el pasado— como unas sociedades carentes de historia.

Igualmente, dentro de esta misma concepción, se percibió que nuestras sociedades indígenas, a partir de la llegada europea, estuvieron inmersas permanentemente en una red de relaciones asimétricas, comportándose siempre como unas simples entidades receptoras que sólo tenían la posibilidad de actuar en reacción a las avalanchas coloniales. Estas reacciones siempre habrían sido el sometimiento al orden europeo o la rebelión ante el mismo. Pero de todas maneras, ambas respuestas habrían provocado la misma consecuencia: la desaparición de los indígenas. En un primer caso, el sometimiento voluntario habría llevado a la pérdida de las particularidades culturales, desapareciendo étnicamente. En el segundo caso, la rebelión habría llevado a la desaparición, bien por el genocidio generado en los enfrentamientos o por la migración (escape) hacia los territorios no colonizados.

Ahora bien, últimamente esta visión clásica está siendo sustituida por un número cada vez mayor de investigadores que han venido desarrollando una serie de trabajos dentro del área de la etnohistoria. Estos nuevos estudios sugieren que durante todo el período de conquista, si bien es verdad que se dieron muchas relaciones asimétricas entre conquistadores y conquistados, también se dieron una gran cantidad de relaciones superpuestas entre europeos y americanos, las cuales llegaron a conformar las especificidades de la realidad cultural en el territorio venezolano, en un proceso que pudiéramos considerar como de cierta "negociación cultural". También se ha demostrado que los grupos indígenas que ocuparon este territorio antes, durante y después de la conquista, lejos de ser aquellos grupos simples, homogéneos o estáticos, estaban organizados de diversas formas, generalmente muy complejas y dinámicas.

Entre quienes conforman la lista de estos nuevos investigadores podemos ubicar al antropólogo Juan José Salazar, pues, aún cuando su obra puede ser considerada como modesta, en los últimos años ha hecho aportes constantes a la historia del período colonial del occidente venezolano, principalmente a través del órgano de divulgación científica del Museo Antropológico de Quibor, institución que dirige desde 1988.

Salazar nos presenta la obra *Caciques y jerarquía social. Sociedades complejas en el período del contacto en el Noroccidente de Venezuela* como resultado de su trabajo final presentado para optar al título de Magíster en Etnología, mención Etnohistoria, en la Universidad de los Andes (Venezuela).

En este texto se pretende demostrar, a partir de una revisión de documentos históricos, que para el momento del contacto europeo con los aborígenes de la región noroccidental de lo que hoy es Venezuela, estos grupos indígenas se encontraban organizados y dominados por un poderoso señorío que se había extendido por toda la región. Procurando confirmar los planteamientos que formularon Irida Vargas y Mario Sanoja (este último, tutor de esta tesis) a partir de investigaciones arqueológicas.

Con este propósito el autor busca un vínculo entre las sociedades aborígenes de la época colonial y las existentes hasta el momento previo a la conquista. Por esta razón, a diferencia de un enfoque historiográfico clásico, se plantea una lectura antropológica de la documentación colo-

nial que lo lleva a construir una suerte de etnografía de los aborígenes del noroccidente del país para los siglos XV y XVI. De esta manera, la obra, dividida en tres secciones (Aspectos teóricos sobre la complejidad social; Estructura social de los caquetíos; y, Fuerzas productivas, bases productivas y tecnológicas), plantea una prolija –aunque desordenada y descuidada– descripción de las características más resaltantes de cada uno de los grupos indígenas que habitaron el territorio para la época: son descritos los patrones de asentamiento (unidades domésticas, barrios y poblados), la ideología (costumbres funerarias, matrimonios, alianzas interétnicas y guerras, intercambio y comercio), los “componentes del sistema agrario” (estacionalidad, procesos de siembra, riego y racionalidad del conuco, papel de la yuca y el maíz), y otros aspectos como la caza, la pesca y la recolección, los procesos de extracción de sal, la conservación de alimentos, tecnologías relacionadas con la producción de artefactos tanto de cerámica como de piedra, madera, textiles o metales.

A partir de la revisión de estas características el autor hace notar la manera en que la presencia de una serie de ecosistemas variados obligó a la especialización de los grupos en cada uno de los medios ambientales en los que se desenvolvía en función de su potencial, originando a su vez cierta división del trabajo. Además, esta subregionalización de las actividades habría provocado el establecimiento de amplias redes de comercio e intercambio, a partir de las cuales se generó un alto nivel de integración económica y política entre los diferentes grupos. Salazar plantea, entonces, que esta integración dio origen a que el territorio actualmente ocupado por los estados Falcón, Zulia, Yaracuy, Lara, Cojedes, Portuguesa, Barinas y Apure (además de la región insular compuesta por Aruba, Curazao y Bonaire) se consolidara como una región geohistórica, dominada y estructurada por los indígenas caquetíos. Estos indígenas estarían dirigidos por un jefe supremo que controlaría toda la región desde un centro político hegemónico. De esta forma, para el período del contacto, este líder sería el Diaó Manaure y el centro político, la aldea de Tordaquiva (cerca del actual Coro).

A partir de la definición de estas características jerárquicas, y siguiendo el trabajo de Francisco Moscoso, quien concibe a los Tainos como una

sociedad clasista en el Caribe precolonial*, Salazar sugiere la existencia de formas sociales clasistas como causa de las diferencias sociales. Bajo esta perspectiva, nos presenta una descripción de la estructura de la organización socio-política caquetá en forma piramidal, en la que la posición ocupada por cada individuo debía estar determinada por su rol dentro de las actividades económicas (por ejemplo, la producción), ideológicas (las actividades rituales) o sociales (dentro de la estructura confederativa que estructuraba las alianzas los grupos).

Al analizar el manejo metodológico que le dio el autor a la investigación, no podemos dejar de señalar algunos puntos que, a nuestro juicio, debilitan su argumentación.

En primer lugar, a partir del discurso plasmado en el texto parecería que las sociedades de las que se habla fueron vistas y descritas por los europeos en un estado prístino e inalterado por su llegada, ya que no se toman en consideración (o al menos parecieran no tomarse) las consecuencias que obviamente tuvo la conquista en la estructura económica, política y social de los indígenas. Así mismo, Salazar procura (a la manera de toda etnografía) hacer una descripción sincrónica o temporalmente plana; sin embargo, utiliza indistintamente fuentes tanto de principios como de finales del siglo XVI, generando así una cierta ficción de contemporaneidad que supondría la inexistencia de cambios importantes durante estos años.

Seguidamente, nos resulta extraño que, aunque el autor hace referencia a la importancia de algunos documentos de primera mano (principalmente de la sección Encomiendas del Archivo General de la Nación), dando luz sobre una gran veta de datos que pudieran aprovechar próximas investigaciones, él mismo no los utiliza y basa su trabajo, principalmente, en las crónicas y relaciones geográficas que se encuentran publicadas.

Igualmente, nos llama la atención la escasa revisión crítica, por parte de Salazar, de las crónicas y relaciones europeas, ya que el autor pareciera considerálas como representaciones objetivas y precisas de la realidad indígena, y en ningún momento se plantea la posibilidad de que estas narraciones

* MOSCOSO, F. (1986) 1986. *Tribu y clases en el Caribe antiguo*. Serie Científica (Universidad Central del Este), no. 23. Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís.

fueran sólo traducciones culturales muy imprecisas para tratar de explicar un mundo nuevo a partir de los referentes ya conocidos en el viejo.

Finalmente, pensamos que el objetivo de la obra pudo limitar su productividad, pues, tal vez, más allá de proponer la demostración de una única hipótesis en torno a la organización de los aborígenes de la región noroccidental (como lo son los planteamientos formulados por Sanoja y Vargas a la luz del trabajo de Moscoso), hubiera sido mucho más interesante proponer y probar, además de ésta, algunas otras hipótesis alternativas que han sido formuladas sobre las posibles formas de organización de estas sociedades. Sin embargo, obviamente ésta es una decisión personal que cada investigador debe asumir al momento de plantearse un problema y la cual es resuelta de acuerdo a sus propios intereses.

Ahora bien, debemos dejar en claro que los aportes de la obra de Salazar son innegables. No sólo por plantearse un tema muy poco estudiado en la historiografía venezolana, sino también por ofrecernos la presentación de una gran cantidad de datos, en torno a la historia de las culturas indígenas venezolanas, que se encontraban dispersos en una inmensa variedad de fuentes. Esto la convierte en una referencia obligatoria para todos los interesados en estudiar el pasado de nuestros indígenas.

UGALDE, Luis. 2000. *El Tesoro de los Indios ¿Cómo hacerlos más útiles a la economía española?* Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 130 páginas. Por Elvira Fernández Villegas

El Tesoro de los Indios... es parte de un trabajo más extenso titulado *Mentalidad económica y proyectos de colonización en Guayana en los siglos XVIII y XIX*, publicada por la Academia Nacional de Ciencias Económicas (1994), donde se desarrolla a lo largo de una introducción, tres capítulos y una reflexión final que es un análisis sobre el libro *Nuevo sistema de gobierno económico para América*, escrito por José Campillo y Cosío, sobre la obra realizada por los capuchinos catalanes en la Provincia de Guayana a partir de 1724.

En la introducción el autor, Luis Ugalde, nos presenta a José Campillo y Cosío, como ministro de la Corona de las Secretarías de Hacienda, Marina, Guerra e Indias en América entre 1720 y 1743, fecha de su muerte; nos ubica en el planteamiento que hace sobre el Proyecto Económico para

América y la influencia que tuvo este proyecto en los planes y sistemas de gobiernos económicos que se aplicaron en las colonias españolas durante los reinados de Fernando VI y Carlos III. En esta introducción se propone como pregunta central, la relación entre esta propuesta económica de Campillo y Cosío, presentada antes de 1743, y los procesos socioeconómicos de gran trascendencia que se estaban desarrollando en la provincia de Guayana, a partir de 1724, protagonizados por los capuchinos catalanes.

En el capítulo I, Luis Ugalde nos presenta claramente la manera como Campillo y Cosío inicia su trabajo haciendo una fuerte crítica al sistema económico establecido por la Corona y enfatizando algunos hechos fatales para España, señalando, por ejemplo, que en América el comercio no funciona por el bajo nivel de consumo de los indios, lo que genera poca demanda de productos y ésta no es cubierta por producción española, sino por productos provenientes de otras potencias. Para solucionar este problema, hace mención sobre la evidente necesidad de establecer un comercio que sea la base de la motorización global para mantener al cuerpo político español en las colonias, exponiendo los tres objetivos centrales del Nuevo Sistema Económico: 1) el aumento del comercio hispanoamericano, 2) la conversión de millones de indios en vasallos útiles y provechosos y 3) la exclusión de potencias extranjeras del comercio americano.

Continúa exponiendo Ugalde, que para el logro de estos objetivos, José Campillo y Cosío propone una total reforma del gobierno económico. Para esto, la riqueza basada en la posesión de metales preciosos debe ser utilizada para fomentar el trabajo y la industria propia y no para comprar los productos del trabajo y de la industria de otros países, por lo tanto, la demanda de bienes de América debe ser atendida exclusivamente por España, dinamizando así la agricultura e industria españolas y si la Metrópoli produce abundancia de productos de excelente calidad con precio de procedencia española y los coloca oportunamente al alcance de los americanos, se evitará el comercio ilícito. Con respecto a la hostilidad de naciones de indios americanos, esta podría resolverse, no con el espíritu de conquista y a través de las armas, sino con las ventajas y utilidades del comercio de indios libres y no sometidos. Tratarlos con benignidad y dulzura, animarlos a que se vuelvan productores—agricultores e industriales—y consumidores de los productos manufacturados de España, es el camino para hacerlos vasallos útiles y provechosos económicamente. Por esto,

todos los americanos –indios y españoles– deben ser tratados por igual y sin discriminación, como súbditos del Rey.

Luis Ugalde desarrolla en el capítulo II el proceso para la instauración del Gobierno Económico que propone José Campillo y Cosío; punto clave de su propuesta es hacer de millones de indios, sujetos útiles, es decir, sujetos de consumo y de producción de bienes que alimenten el comercio entre España y América. Para lograr este cometido, se debe iniciar el proceso con la visita general a toda América de los Intendentes, con el objeto de corregir los abusos, restituyendo las leyes existentes y con ello el gobierno político; y además observar la realidad americana, su población, las inclinaciones de la gente, el modo de vivir y de vestirse, su disposición y repugnancia a la industria, el modo de aumentar y perfeccionar el envío de productos europeos, el número de fábricas y telares que hay, la calidad y precio de lo que producen para definir el modo de aumentar el consumo de los productos provenientes de España. Después de este proceso, se nombrarán Intendentes que tendrán claras instrucciones y facultades para dar un vuelco a la enseñanza de los indios y su conversión en agricultores y su formación en las artes y los oficios.

Otro aspecto que se maneja en el II capítulo es el referente al reparto de tierras a los indios. Un principio sin excepción es que si se quiere que la tierra esté cultivada y bien trabajada tiene que ser propiedad del que la trabaja, pues el hombre jamás hará para otros lo que haría si el producto de su trabajo fuese suyo. Los indios deben estar libres de la servidumbre y opresión. Deben ser objeto de distinciones y recibir honores y blasones, además del permiso al libre comercio y a no tener subordinación alguna de los indios a los españoles. También hace referencia a los planteamientos que formula Campillo y Cosío sobre instrucción para los indios, la industria, el comercio y los diferentes modos de aumentar la población en América.

Para finalizar esta parte, el autor señala que José Campillo y Cosío en su obra habla de la necesidad de introducir la industria para aumentar la población de América, sugiriendo alternativas para lograr y conseguir que la gente que hoy es inútil para la Corona, sean mañana vasallos provechosos.

Ugalde comenta que la visión sobre el comercio que Campillo y Cosío tiene es un tanto futurista al apuntar a la supresión de la esclavitud africana dedicada al trabajo en el cultivo del azúcar, tabaco y cacao, ya que el

negro y su manutención resultaban costosos. También expresa que aunque con mucha frecuencia José Campillo y Cosío plantea la necesidad de que españoles e indios sean tratados por igual y sin discriminación, su mentalidad es inequívocamente colonialista, señalando un papel claramente de subordinación de las colonias americanas a las provincias españolas.

En el III capítulo, Ugalde presenta el inicio y desarrollo de la economía de Guayana desde 1725 a manos de los capuchinos catalanes. Esta presentación la hace en base al trabajo del Fray Buenaventura de Carrocera, quien utiliza para preparar su obra los informes de Jaime de Puigcerdá, Agustín Olot y Benito de Moya, y también cita la obra del Padre José Gumilla, única fuente primaria empleada, además de la ya mencionada obra de Campillo y Cosío.

El autor, en este capítulo, sin establecer ninguna relación con los capítulos anteriores, nos muestra el salto cualitativo de un sistema de recolección, caza y pesca, a uno de cultivo de ganado y de la tierra bajo la dirección de los misioneros. Explica que esto se hizo con una nueva estrategia de organización de la empresa y del trabajo indígena donde no hubo contribuciones externas. Fue un proceso lento y los pobladores se fueron apoyando gradualmente en la ganadería y agricultura sin descuidar las actividades tradicionales como complemento. Pero la empresa evolucionó a pesar de todas las dificultades y no sólo logró tener una economía de subsistencia, sino que hubo excedente para atender las necesidades de españoles, de las expediciones de entrada en busca de nuevos indios y más adelante una gran producción con la que realizara comercio exterior.

En cuanto a la organización económica de cada poblado, continúa Ugalde, el trabajo es organizado y vigilado distribuyendo las tareas comunes y asignando las parcelas familiares en una especie de economía mixta de unidades privadas y comunitarias.

Un aspecto resaltante dentro de esta economía indígena-misionera, es que los sacerdotes eran administradores de los bienes, pero no propietarios. La propiedad era de los indígenas. Esta decisión fue tomada por la Corona en Real Cédula emitida en Madrid, el 5 de agosto de 1702, por solicitud de los misioneros capuchinos reunidos en capítulo celebrado en San Carlos. Con esta decisión se hace evidente la mentalidad de la Corona española en este asunto: utilidad y avance de las misiones, utilidad de los indios y en definitiva provecho de la Real Hacienda.

Así como el punto sobre tenencia de la tierra en Guyana, a partir de 1724, desarrollado por los capuchinos catalanes coincide con la propuesta de José Campillo y Cosío, hay otros aspectos que pueden relacionarse, como lo son, la presencia de los fiscales, quienes ejercen el sistema de autoridad y control; la formación de nuevas actitudes, hábitos y capacidades productivas en los indígenas, haciéndolos vasallos productivos y útiles; la forma de aumentar la población en la provincia e incluso aspectos mucho más novedosos y que rompen con la mentalidad colonialista de Campillo y Cosío, como lo es la propuesta de un comercio libre con el exterior, planteamiento al que se adelantan los capuchinos medio siglo. Esta relación puede hacerla el lector basándose en lo expuesto en los capítulos I, II y III, sin embargo, Luis Ugalde sólo en el capítulo final menciona "que no en pocos puntos coincidían los misioneros de Guayana y los gobernantes ilustrados...", pero no entra en la exposición de los detalles.

El libro termina con la reflexión final del autor sobre lo expuesto a lo largo de la obra, concluyendo que la labor realizada con los indios por los capuchinos catalanes era el sueño de los ilustrados, corriente ideológica donde se puede ubicar la propuesta de José Campillo y Cosío; sin embargo, estas experiencias (la de los capuchinos catalanes) y la propuesta económica expuesta, no fueron consideradas en el resto de las colonias y provincias de la Corona porque las autoridades sólo aceptaban a una iglesia plenamente subordinada al Estado, además de tener una visión irrealista en la consideración del indio y su reacción con el español o criollo, trayendo como consecuencia, la oposición al régimen de amplia autonomía de las misiones.

Para finalizar, se puede agregar que siempre prevalece la postura del autor como economista y como sociólogo al estudiar la utilidad y avance de las misiones, utilidad de los indios y en definitiva el provecho de la Real Hacienda dentro de este proceso histórico. Ugalde no entra en la discusión moral de si este asunto es beneficioso o no para los indígenas, sino que trata de entender la mentalidad rectora de este proceso y el problema de toda sociedad con economía que no sea de mera subsistencia, al establecer la relación entre los bienes de consumo y los bienes de inversión, cuando estos últimos están dirigidos a la producción ulterior de bienes de consumo en abundancia. Señala en el desarrollo de este trabajo que "la inversión supone previsión, cálculo de futuro, crecimiento, pero a costa de

un sacrificio presente, especialmente cuando los excedentes son escasos. Este sacrificio o se hace voluntariamente por aquellos que comprenden su futura utilidad o es impuesto por cierta forma de coacción que será más o menos dura y forzada. De ahí la importancia de que los propietarios que tienden a mirar la subsistencia del momento (cultura de cazadores y recolectores) no sean los administradores con autoridad de dirección y de decisión. Pero al mismo tiempo es fundamental que los propios indígenas no sean ajenos a la administración si se quiere que adquieran la nueva cultura económica que se pretende inculcar”.

VILDA, Carmelo. 1999. *Proceso de la cultura en Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 288 páginas. Por Francisco Alfaro Pareja

El Padre Carmelo Vilda (fallecido recientemente) fue Licenciado en Letras de la Universidad Católica Andrés Bello, graduado en 1975 con la Tesis de Grado *Teresa De la Parra: hacia la liberación femenina*. Escribió obras de diversa índole publicadas principalmente por el Centro Gumilla, entre las que destacan *Los medios de comunicación en Venezuela* (1974), *La corrupción en Venezuela* (1978), *¿Cómo leer evangelios?* (1978), *Problemas sociales en Venezuela* (1980), *¿Qué vas a hacer con tu vida?* (1981), *Realidad venezolana* (s/f), *La propiedad privada: iglesia, capitalismo y socialismo*—coautor Pedro Trigo— (1982), *Vitrales* (1998), entre otros.

Proceso de la cultura en Venezuela, publicada por la Universidad Católica Andrés Bello en 1999, es una investigación que presenta de manera general el proceso de gestación de los principales elementos que conforman nuestra cultura como venezolanos el día de hoy.

Carmelo Vilda integra en su estudio tres visiones del término “cultura”, el cual es uno de los más complejos de definir por la ausencia de consenso que existe sobre su significado. Para algunos la cultura tiene una concepción global, y se refiere al conjunto de costumbres, tradiciones, convencionalismos y conductas características de los miembros de una sociedad. Para otros la cultura tiene que ver con el nivel de educación o formación de un individuo dentro de una comunidad, siendo “cultos” aquellos que han cultivado su conocimiento y aprendizaje, e “incultos” los que no lo han hecho. Otros por su parte identifican la cultura con las manifestaciones clásicas o contemporáneas de las Bellas Artes.

Para *Vilda*, comprender nuestro devenir histórico es la única forma de explicar quiénes y cómo somos, entender de donde venimos y proyectar hacia donde vamos. Ese reconocimiento, que parte del análisis de los factores que nos moldearon como sociedad hasta nuestros días es lo que el autor comprende como el proceso de la cultura en Venezuela.

En mi opinión, el tema de esta obra es original porque confronta al lector con una realidad que normalmente no observamos con detenimiento y que quizá, cuando lo hacemos, no nos gusta lo que vemos.

La obra se centra en momentos, hechos y personajes representativos de nuestra historia, para recrear la generación de cada uno de los aspectos culturales que nos caracterizan en la actualidad. Carmelo Vilda no utiliza fuentes primarias en su estudio. Más bien se apoya en fuentes bibliográficas y hemerográficas de otros autores que lo ayudan a abordar el tema siguiendo un hilo conductor que parte en 1498 y se extiende hasta nuestros días.

El libro se divide en tres partes, en las que cada una corresponde a un tiempo histórico determinado. En la primera parte, que abarca el período comprendido entre 1498 y 1810, el autor se centra en dos momentos fundamentales como lo son la Conquista y la Colonización. Allí destaca cómo casi de la noche a la mañana se produce en América un fenómeno sin precedentes, en el cual se fusionan elementos tan decisivos como la lengua, la religión, la tradición, la cosmovisión, la ciudadanía y la raza de tres pueblos que se desconocían recíprocamente. Si bien Europa se impone en el proceso de Conquista, el gran triunfador es el mestizo. Es así como se va definiendo nuestro perfil como pueblo, caracterizado por el sincretismo en las artes culinarias, las creencias, los mitos, las costumbres y las conductas. El mito de la abundancia sin esfuerzo es una característica que surge de los relatos españoles sobre El Dorado y Cubagua. La poligamia masculina como un elemento que existía en el español (por influencia de los musulmanes) y en el indígena y que se acentúa al unirse en nuestro país. El barraganato es el elemento que permite la mezcla de razas, frente a las insuficientes restricciones religiosas de la Iglesia Católica.

Vilda afirma que a pesar de que la cultura indígena es desplazada por la del conquistador, ésta se filtra y se revela hoy en nuestro país en aspectos como la resistencia soterrada hacia la disciplina, los horarios y el trabajo regulado. Señala el autor, que el igualitarismo típico de nuestra sociedad

actual es una característica proveniente de los indígenas, los cuales convivían en una especie de socialismo cooperativo. La relación de veneración e integración con la naturaleza por parte del indígena, que es desplazada por la visión de explotación y extracción que trae el español, se extiende hasta hoy en nuestro país.

Así de la esclavitud se pasa a la Misión evangelizadora, de la Conquista se pasa a la Colonización, y Vilda explica cómo se van cimentando elementos de nuestra idiosincrasia como el machismo, el capitalismo y la "cultura del cuero" en la que hay mayor interés por la ganadería (actividades económicas) que por la formación académica. En el siglo XVII el contrabando y el soborno comienzan a hacerse costumbres, la frase "se acata pero no se cumple" se acuña para la práctica común, mediante la cual las leyes vigentes sólo existen en el papel y muy pocas veces son aplicadas. Lo oficial y lo clandestino se mezclan y hasta se confunden en muchos ámbitos de la vida diaria. Un ejemplo de ello es el surgimiento de la cultura popular al margen de la élitesca, la cual se caracteriza por ser sincrética, colectiva y anónima. Finalmente el autor explica que el centralismo se consolida en nuestro territorio cuando Caracas se convierte en la capital de la Provincia, y en 1777 cuando se crea la Capitanía General de Venezuela se da el germen para la creación de un posible sentido de Nación.

En la segunda parte del libro, que cubre nuestra historia desde 1810 hasta 1908, Carmelo Vilda se centra en dos momentos: la Independencia y el período Republicano previo a la consolidación del Estado. El autor explica que el éxito de la independencia surge cuando el Libertador capitaliza la experiencia de Boves en cuanto a las dos pasiones que movían al pueblo venezolano: el mesianismo y la igualdad social, incluso por encima del deseo de libertad.

Para Vilda, con el proceso de emancipación se consolidan varios aspectos de nuestra cultura. Uno de los que más nos define es el de acabar con nuestro pasado, haciendo que seamos un país sin memoria. Tal como la Conquista acaba con el pasado indígena, así la Independencia se empeña en romper absolutamente con el pasado colonial. Señala el autor que por esa razón en Venezuela se hace muy difícil la continuidad y por eso surge la improvisación acompañada de imitación.

Otro aspecto que define al venezolano, según Vilda, es el carácter guerrero que se origina del proceso independentista y que es capitalizado

por los caudillos a lo largo del siglo XIX. El caudillismo une y divide a la sociedad venezolana; el pueblo sigue a los caudillos pero no a las leyes; los caudillos admiran las leyes pero las adecuan a su conveniencia; los partidos políticos se diferencian principalmente por los intereses de sus líderes y no por intereses ideológicos. Ante una situación como ésta y el establecimiento de una nueva oligarquía, la revuelta y la rebelión, explica el autor, son asumidas como las únicas posibilidades de cambio y movilidad social. Es el caso de la Guerra Federal.

Carmelo Vilda señala que hasta finales del siglo XIX, se mantiene una cultura de desarraigo, una ausencia de conciencia nacional y solo nos identifican los elementos del idioma, la igualdad social del mestizaje, el culto a Bolívar y el período emancipador (como sedimento de la memoria histórica), y la cultura popular que sigue permeando la cultura elitesca a través de diversas costumbres y manifestaciones artísticas.

En la tercera y última parte de la obra, que va desde 1908 hasta nuestros días, Carmelo Vilda señala que el surgimiento del petróleo cambia el tipo de economía, el modo de vida, acentúa las diferencias sociales y produce un cambio demográfico significativo. La cultura de barrio sustituye a la rural. Si bien para el primer cuarto del siglo XX ya se ha consolidado el Estado, todavía no somos una Nación. La democracia, dice el autor, no surge espontáneamente de la cultura política del venezolano sino que es impulsada desde una elite y es sustentada por los recursos que genera el petróleo. Dice Vilda que con la implantación de la democracia en Venezuela se busca modificar una cultura política que no tiene un sentido habitual por la convivencia pacífica.

Explica el autor que la modernización acelerada en Venezuela —luego de la muerte de Gómez— contribuye a sepultar aún más nuestra poca conciencia histórica. La trasculturización estadounidense sustituye a la europea. Sin tratar de hacer una apología, Vilda señala que esa ausencia de conciencia histórica y tradición nacional se traslada también al ámbito familiar y personal y se traduce en características culturales que argumenta vagamente, como por ejemplo la fácil adopción de acentos, modismos, costumbres y modas de otras latitudes, el desarraigo, la falta de sentido de futuro, el gasto descontrolado, el consumismo, el individualismo y la improvisación para subsistir.

En lo artístico, la novelística y la pintura favorecen la consolidación de un cierto sentido nacional a partir de la primera parte del siglo XX. Desde los años '50 otras manifestaciones artísticas como el teatro, la escultura y el cine se fortalecen. Igualmente, el autor habla de los medios de comunicación como uno de los principales elementos que moldean la cultura del venezolano desde los primeros años del siglo pasado, en un principio con la prensa y la radio y posteriormente con la televisión. En cuanto a esta última, recomienda la participación activa del Estado en la regulación de los contenidos de su programación, sin coartar la libertad y procurando el bienestar para todos.

También Vilda destaca otros elementos propios de nuestra cultura como el espíritu de fraternidad, la camaradería, la alegría (el humor), la generosidad y solidaridad con los débiles y oprimidos. Sin embargo, el autor no explica cómo se originan y sedimentan estas características en nuestra idiosincrasia, simplemente las nombra.

Finalmente, Vilda cierra el libro señalando que a pesar de que todavía hoy nos encontramos sobre las bases de la "cultura petrolera", ésta ha tenido ya conatos de crisis: en 1983 con el viernes negro, en 1989 con el Caracazo y en 1992 con las dos intentonas de Golpe de Estado, lo cual puede estar llevando peligrosamente al venezolano hacia la cultura de la desesperanza. Por ello es necesario, dice el autor, desarrollar la cultura y generar actitudes cívicas. Como este libro fue publicado en 1999 (recién arribado Chávez a la Presidencia) Vilda deja una interrogante en el aire: ¿Será un militar quién potencie la cultura cívica?

Carmelo Vilda hace énfasis en tres ideas a lo largo de la obra, las cuales vale destacar. En primer lugar, insta por todos los medios a revisar la historia de Venezuela y asumirla sin complejos para llegar así al conocimiento, la aceptación y el dominio de nosotros mismos. En segundo lugar, Vilda acude constantemente a las voces críticas de Simón Rodríguez y Lisandro Alvarado acerca de la necesidad de crear e innovar, no para parecernos a otras sociedades sino para lograr la plenitud siendo nosotros mismos. En tercer lugar, el autor advierte de los peligros de sostener al país, su democracia, su modernización y su desarrollo solamente en la "cultura petrolera" y señala que el reto es ir construyendo una Nación a salvo de dicha cultura. Todo esto a través de una tarea ética y política que implica

la renuncia a las ventajas propias en favor de un sistema justo para todos y el afianzamiento de la capacidad de negociación política.

Hay algunos detalles de corrección en la obra de Vilda editada por la Universidad Católica Andrés Bello. Por ejemplo en el capítulo VII de la Parte II titulado *Crisis de la sociedad republicana (1834-1870)* faltó un subrayado en negrillas. Sin embargo, hay un error muy grave en el cual al menos 69 fuentes –entre libros y artículos de prensa– que son citados en páginas específicas, no son referidos en la bibliohemerografía final, como por ejemplo el libro de Febres Cordero *Esquema de la cultura colonial* en la página 19, el de Bernardo Viso *Venezuela: identidad y ruptura* en la página 20 o el de Ángel Rosenbalt *La primera visión de América* en la página 21, por nombrar solo algunos. Al no haber una nota que explique esta ausencia, dicha falla constituye un elemento significativo a destacar, más aún tratándose de una publicación universitaria, ya que no se sabe si el error es por parte del corrector del libro José Luis Civit, por parte del autor o si se trata de un problema de impresión.

Proceso de la cultura en Venezuela no es un estudio profundo ni hiperespecializado. Esa no es su aspiración. Más bien, el libro aborda el tema de la cultura en Venezuela (principalmente) de una manera descriptiva e informativa, invitando al lector a reflexionar sobre la necesidad inaplazable de comprender la cultura venezolana e interesarse por su estudio general o por el análisis específico de alguno de sus elementos. Según el Padre Rafael Baquedano de la Universidad Católica Andrés Bello (Entrevista. 2005), Carmelo Vilda escribe este libro con la finalidad de dar a conocer y promover temas relacionados con la cultura venezolana de una manera accesible para lectores, principalmente, del último año del bachillerato y de los primeros años universitarios.

De esta manera, Carmelo Vilda nos acerca al proceso de formación de la cultura en Venezuela, utilizando un lenguaje claro y sencillo, a través de un camino evolutivo que desemboca en un escenario para la reflexión. Como diría Elías Pino Iturrieta en el prólogo de la obra: “el Proceso de la cultura en Venezuela es una estimable contribución para el estudio de cómo hemos creado los venezolanos una sensibilidad a través del tiempo”.

VISO, Carlos. 2004. *La Epopeya del ron de Carúpano. Doscientos años en la historia de Paria*. Caracas: Destilería Carúpano C.A. Por José Ángel Rodríguez

Los amigos de la caña estamos de fiesta. Un nuevo y esperado libro sobre los rones orientales salió al mercado. Se trata de *La Epopeya del ron de Carúpano. Doscientos años en la historia de Paria* escrita por Carlos Viso. La obra está dividida en cuatro capítulos y, como lo indica el título, explica la historia de los rones en el contexto de la historia pariana. Carlos Viso logra así integrar de manera inteligente, las variables de los paisajes azucareros y los vaivenes roneros al son de los acontecimientos más diversos en el extremo oriental del país. Con esta percepción, el autor logra uno de sus objetivos principales: no aislar el tema de su contexto geohistórico, con sus implicaciones nacionales e internacionales, como ocurre a menudo con trabajos muy específicos.

En el primer capítulo se logra un apretado recuento del poblamiento en Paria, desde la isla de las perlas, hasta el asentamiento en la tierra, destacando los pormenores de los paisajes agrícolas insustituibles y de la prosapia indígena del maíz y de la yuca. Posteriormente, toma el mando la caña de azúcar y su llegada a tierras orientales. En las páginas del azúcar, Viso asoma la posibilidad de que la gramínea asiática haya penetrado primero por las tierras orientales, específicamente por Margarita. A la misma conclusión he llegado en mi libro más reciente*, Sin embargo, ninguno de los dos hemos encontrado lo que hemos buscado: algún soporte documental sobre la existencia de la caña dulce en los primeros años de la conquista y colonización de estos territorios. Es por ello que su lugar de entrada al territorio venezolano, en base a cierto apoyo documental, sigue siendo por las costas corianas. Todavía el dato más preciso y confiable sobre la existencia de la gramínea en nuestras tierras es una relación de la ciudad de El Tocuyo de 1578, en la cual se señala que, entre otras explotaciones y productos, había “algún azúcar”.

El segundo capítulo contempla la sugestiva evolución geohistórica de la ciudad de Carúpano, sin duda la cuna de los maestros roneros más

* RODRÍGUEZ, José Ángel. 2005. *La historia de la caña. Azúcares, aguardientes y rones en Venezuela*. Caracas: Alfadil

destacados del siglo XIX y de gran parte del XX. En estas páginas, el lector disfrutará del progresivo crecimiento de la ciudad, de simple curato a ciudad portuaria, con su riqueza desbordante en su agitado puerto, calles, comercios y casas de habitación. De igual manera, se observan los cambios en los cultivos cañeros, en especial los avances en la frontera agrícola, y los pormenores que rodearon la producción y venta del aguardiente de caña, perseguido por largo tiempo por las autoridades españolas en aras de la salud de los vasallos andaluces y canarios, productores de vinos y aguardientes.

Después de la Independencia, que frena el desarrollo de variados paisajes rurales en todo el territorio, la industria cañera y licorera abre sus fronteras en Paria. Y no era para menos: a pesar de los diversos levantamientos armados a lo largo del siglo XIX, los amigos de la caña lograron perfilar toda una industria que logró productos muy acabados, acreedores de premios y distinciones nacionales e internacionales. De eso y más trata el tercer capítulo, que nos enseña de manera particular el origen y evolución de uno de los grandes orgullos locales y nacionales decimonónicos: el *Ron Viejo de Carúpano*, una genuina denominación de origen de la época. En su confección es más que vital el aporte de los inmigrantes corsos, que destilaron las melazas de la caña y envejecieron luego los destilados en barricas de roble. Como tal, la fabricación en Carúpano se concentró en diversos tipos de rones, el “ron fuerte”, “ron común” y “ron blanco”. Existían otras denominaciones como “superior” y el “extra”. Todas esas voces indican una discriminación de procesos y sabores diferentes. Se agrega a ellos el más famoso, el denominado “Ron Viejo” de mediados del siglo XIX. En materia de ron envejecido, Carlos Viso aporta el dato más antiguo encontrado hasta ahora en un asiento de la contabilidad de la casa Vicente Franceschi y Cia: 1859.

El cuarto y último capítulo gira en torno a los tiempos de crisis de la industria ronera en Paria. Parte del problema tuvo que ver con los onerosos impuestos decretados por Cipriano Castro, que disminuyeron la capacidad productora pariana. Incluso antes de la catarata de medidas impositivas que comienza en 1904, el presidente provisional del estado Sucre dictó en septiembre de 1900 un decreto que gravaba la industria de destilación, en todo su territorio, con 8 Bolívares por cada 56 litros de aguardiente producidos. El ron fue el más perjudicado pues se le gravó con la astronómica suma

de 16 Bolívares por cada carga. Fue, en algunos sentidos, el comienzo del fin. Pese a ello, y como en el pasado, la capacidad emprendedora y tenaz de algunos productores persistió. Ellos lograron sortear las dificultades y ofrecer acabados rones a lo largo del siglo XX; cuyos herederos, los rones *El Muco* y *Real Carúpano*, son excelentes muestras que perviven hasta el presente.

El libro de Carlos Viso tiene la gran virtud adicional de las imágenes. Gracias al apoyo financiero de la Destilería Carúpano, el autor ha podido exponer, de manera paralela al discurso histórico, otro relato a partir de las variadísimas ilustraciones. Entre ellas destacan planos urbanos y de algunas propiedades cañeras. Son también muy sugestivas las fotografías de diversos tipos de trapiches, las hormas de arcilla para el vaciado del papelón, los restos de antiguos acueductos y torreones; los retratos de insignes maestros roneiros como Tomás Massiani, Tomás Franceschi y León Santelli. De igual manera, algunas imágenes propagandísticas, vistas de Carúpano en diversos tiempos y de sus importantes haciendas cañeras en el *transpats*. Es de lamentar, sin embargo, la casi inexistencia de antiguas etiquetas de ron, que yo he buscado también sin éxito en mis pesquisas sobre los rones venezolanos. Cabe esperar que esta obra estimule a otros historiadores a indagar sobre estos temas en sus regiones. Pienso en particular en los maestros azucareros y roneiros marabinos y andinos, con sus respectivas imagerías gráficas, que esperan un libro como el de Viso.

Como dije al principio, los amigos de la caña estamos de fiesta. Y no es para menos. El libro de Carlos Viso logra realzar un auténtico legado geohistórico pariano, poco conocido y que conforma sugestivas páginas de la historia regional con implicaciones nacionales e internacionales. Carlos Viso ha trabajado con rigor para asentar la palabra y la imagen de esta historia escurridiza de los azúcares, aguardientes y rones; llena de meandros, de trampas y, sobre todo, de silencios difíciles de interpretar. Pero a pesar de las dificultades, el libro logra, entre otros objetivos, uno que me parece fundamental: dar a conocer la historia del patrimonio cultural etílico carupanero y venezolano que llega hasta nuestros días: el *Ron Viejo de Carúpano*. ¡Brindemos entonces por el libro y por su esclarecido autor con una copa de los mejores rones del mundo!